

Susan Mallery



AMOR EN FOOL'S GOLD, 2.5

# LA HERMANA DE LA NOVIA

## ÍNDICE

Capítulo 1.....	3
Capítulo 2.....	7
Capítulo 3.....	15
Capítulo 4.....	20
Capítulo 5.....	25
Capítulo 6.....	31
Capítulo 7.....	37
Capítulo 8.....	40
Capítulo 9.....	44
Capítulo 10.....	50
Capítulo 11.....	55
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	60



## Capítulo 1

—Katie, cariño, necesitas pareja para la boda de tu hermana.

—Ya tenía pareja, mamá. Va a casarse con la novia.

—Está bien, sí, tú hermana te robó el novio —dijo Janis McCormick con un suspiro—. Y eso estuvo muy mal. Pero ya ha pasado casi un año. Es agua pasada. Van a casarse. Toda la familia va a ir a la boda, y hay doscientos invitados. Vamos a pasar un largo fin de semana lleno de toda clase de acontecimientos, y te aseguro que te sentirás mejor si tienes pareja. Si no, la familia será un tormento para ti, y nos volveremos las dos locas —su madre se detuvo por fin para recuperar el aliento—. Hazlo por mí, Katie, por favor.

En momentos como aquél, Katie odiaba la idea de crecer y comportarse como una persona adulta. Había ocasiones en que la mejor solución para un problema parecía una buena pataleta. Como aquélla. Pero ella no había sido nunca muy aficionada al drama: eso era cosa de su hermana. Y le costaba trabajo decirle que no a su madre. Sobre todo porque Janis no pedía demasiado. Era una de esas madres cariñosas y atentas que se preocupaban por sus hijos, y de vez en cuando hasta le pasaba cincuenta dólares cuando quedaban para comer, a pesar de que Katie vivía sola desde la universidad y tenía un trabajo estupendo, que además adoraba.

—Mamá —dijo—, te quiero, ya lo sabes.

—No digas «pero». Bastante nerviosa estoy ya. Tu hermana me está volviendo loca. No tuve que empezar a teñirme el pelo hasta se prometió en matrimonio. Te juro que en cuanto comenzó a traer revistas de novias y a hablarme de tules, empezaron a salirme canas.

Katie se inclinó hacia delante en el asiento del restaurante. Su madre y ella estaban tomando un almuerzo rápido para hablar de los últimos cambios que había hecho Courtney en sus planes de boda. A su hermana no parecía preocuparle que quedaran sólo dos semanas para la ceremonia.

Tampoco parecía preocuparle haberle robado el novio a Katie.

No iba a amargarse, se recordó Katie. Se sobrepondría a aquellos sentimientos mezquinos. Courtney era su hermana y el lazo que había entre ellas era fuerte y duradero. Pero tampoco estaría mal que Courtney se despertara la mañana de su boda con un grano del tamaño de Cleveland.

Katie se aclaró la garganta.

—Me gustaría ir con alguien a la boda, pero no hay nadie. Ya sabes que los solteros no abundan precisamente. No se me ocurre nadie en quien confíe lo suficiente como para fingir que estamos saliendo.

—¿Me estás diciendo que no has salido con nadie desde que rompiste con Alex?



Técnicamente, no habían roto. Alex y ella habían ido a una de las típicas cenas de domingo en casa de sus padres. Llevaban meses yendo a aquellas cenas. Esa noche, sin embargo, Katie había tenido la sensación de que Alex iba a hacerle la gran pregunta. Sobre todo, porque había encontrado por casualidad la factura de un anillo de diamantes en el bolsillo de su chaqueta cuando él se la había prestado en un partido de fútbol.

No estaba segura de querer pasar el resto de su vida con Alex, pero se dijo que era normal tener dudas. A fin de cuentas, ¿cómo sabía una que un hombre era su media naranja?

Sólo que Alex no se declaró.

La llegada inesperada de Courtney había interrumpido la cena. Alex y Courtney se habían echado una mirada, y Katie había dejado de existir.

—¿Katie? —preguntó su madre—. ¿No sales con nadie?

—No. He estado muy liada con el trabajo, y además no me apetece.

Su madre suspiró.

—Son cuatro días de familia y estrés. No quiero tener que pasármelos contestando a preguntas sobre tu vida amorosa, e imagino que tú menos aún. Tienes que llevar a un hombre.

—Lo siento, pero no.

—¿Qué me dices de Howie?

«Santo cielo, no».

Le dieron ganas de darse de cabezazos contra la mesa.

—No, mamá.

—¿Por qué no? Es listo y rico, y muy divertido.

Y se llamaba Howie. Era el hijo de la mejor amiga de su madre. Las dos llevaban años intentando emparejarlos. Katie se había resistido con todas sus fuerzas. La última vez que había visto a Howie, su madre y él estaban de visita en Fool's Gold. Él tenía unos dieciséis años, y era tan listo que ya estaba en la universidad. Alto, delgaducho, con los pantalones demasiado cortos y unas gruesas gafas de pasta negra, la miraba como si fuera una especie de bicho sin interés alguno. No habían tenido nada que decirse el uno al otro.

—Howie no me interesa —dijo con firmeza—. Prefiero contestar a preguntas indiscretas.

Ninguna mujer podía estar tan desesperada como para aceptar a Howie. Al menos, ella no lo estaba.

—Katie, no me hagas poner voz de mala madre.

Katie sonrió.

—Mamá, tengo veintisiete años. Tu voz de mala madre ya no funciona conmigo.

—¿Te apuestas algo? —su madre suspiró otra vez. La miraba con preocupación—. Por favor. Estoy dispuesta a suplicártelo. ¿Eso quieres? Estoy desesperada. Quiero que te lo pases bien —hizo una pausa—. Bueno, todo lo bien que puedas. Y no quiero que te preocupes por lo que puedan estar pensando los



demás. Son cuatro días. Casi no tendréis que veros.

Eran cuatro días en un hotel de montaña. ¿Cómo iba a evitar a su familia... y a Howie?

—Está haciendo un proyecto muy importante en el trabajo —añadió su madre—. Seguro que está casi todo el tiempo ocupado.

Katie dudó, no sólo porque adoraba a su madre, sino también porque las preguntas de su familia acerca de por qué no se había casado empezaban a volverse brutales. Allí estaba ella, la hermana mayor, soltera todavía y sin novio a la vista. Courtney no podía pasar ni un cuarto de hora sin enamorarse.

—Está bien —dijo, accediendo al fin—. Pero sólo para la boda. Nada más. Nunca más.

Su madre sonrió de oreja a oreja.

—Estupendo. Yo me encargo de avisar a Howie. Esto va a ser fantástico. Ya lo verás.

¿Fantástico? A Katie se le ocurrían muchos adjetivos, pero ése no era uno de ellos. Ya empezaba a arrepentirse. ¿Cuatro días con Howie? Catorce años antes, apenas habían aguantado una hora su mutua compañía. Lo único bueno de todo aquello era que, en aquel entonces, Howie había sentido tanta antipatía por ella como Katie por él. Tal vez Howie consiguiera plantarle cara a su madre, y entonces nada de aquello importaría.

—No, mamá —dijo con firmeza Howard Jackson Kent.

—Entiendo.

Una sola palabra. Pero aquella palabra carecía de importancia por sí sola: era el tono lo que le hacía entrever que iba a volver a la batalla. Ya sentía las lanzas.

—Ignoraremos el hecho de que Janis McCormick es mi mejor amiga —añadió su madre, mirándolo desde el otro lado de la mesa.

Estaban en el despacho de Howard, por donde su madre se había pasado por allí sin avisar, entre reunión y reunión. Sólo tenía un modo de enterarse de que su hijo estaba libre, lo que significaba que Howard tendría que tener una pequeña charla con su asistente personal más tarde.

—Ignoraremos el hecho de que Janis me ha pedido ayuda.

«Ojalá eso fuera cierto», pensó él, recostándose en su silla y frotándose las sienes.

—Podrías hacerlo por Katie —dijo su madre—. Es tan buena chica...

«Se me acelera el corazón con sólo pensarlo», pensó él con sorna.

—Katie y yo no nos caemos bien.

De eso hacía muchos años, claro, pero Howard recordaba claramente aquella tarde de verano. Tina, su madre, se había empeñado en que la acompañara a ver a su mejor amiga. Él había aceptado, y se había arrepentido en cuanto Katie lo había mirado y había suspirado con evidente desilusión.

En aquel entonces, era una chica muy decidida, a la que sólo le interesaban los



deportes y que, obviamente, lo despreciaba. Él era un poco torpón, claro, y bastante raro, además, y nunca se le había dado muy bien comunicarse con los demás. Pero ella se había mostrado arisca y antipática. Y además había amenazado con darle una paliza. Y seguro que en aquel momento podría haberlo hecho.

—Puede que ahora las cosas sean distintas —dijo su madre—. Es encantadora.

—Aja.

Su madre se enderezó en la silla. Tina Kent era bajita, pero Howard sabía que era un error juzgarla por su tamaño.

—¿Te acuerdas de hace diez años, cuando tuve cáncer de mama? —preguntó.

Howard refrenó un gruñido y asintió con la cabeza. «Esto no», pensó. «Cualquier cosa, menos esto».

—Tú estabas en la universidad. Yo no quería que supieras lo grave que era, porque quería que te concentraras en tu máster.

Fue en aquel programa donde desarrolló el software que había hecho despegar a su compañía y lo había convertido en multimillonario en apenas tres años.

—Mamá... —comenzó a decir.

Ella levantó una mano.

—Cuando viniste a casa, estabas preocupado. Te prometí que me pondría bien —hizo una pausa, expectante.

—Y yo te dije que lo que quisieras, si te curabas —dijo él obedientemente.

—Yo cumplí mi promesa. Ahora te toca a ti cumplir la tuya. Vas a ir con Katie a esa boda. Pasarás cuatro días en el hotel de Fool's Gold, y harás todo lo posible para que Katie se sienta como una princesa.

«Maldita sea». ¿Por qué no podía ser como algunos de sus amigos, que jamás hablaban con sus padres? ¿Por qué tenía que llevarse bien con su madre? Salvo por aquella obsesión con Katie McCormick, su madre era una mujer estupenda. Siempre habían podido hablar, y Howard valoraba mucho su opinión. Pero en aquel momento habría dado cualquier cosa por que sus relaciones se enfriaran un poco, aunque fuera fugazmente.

—Mamá —comenzó a decir, y luego sacudió la cabeza. Eran cuatro días. Seguro que podía sobrevivir—. Está bien. Tú ganas.

Ella puso una amplia sonrisa.

—Bien. Cuando estuve enferma, Janis estuvo pendiente de mí sin faltar un solo día. Me hace muy feliz poder hacer algo por ella al fin, aunque sea en una cosa tan pequeña.

—Estás vendiendo a tu propio hijo. ¿Qué pensarán los vecinos?

—Que ya iba siendo hora de que tuvieras novia.



## Capítulo 2

Katie esperaba, nerviosa, a la entrada del hotel Gold Rush. El hotel, construido en las montañas que se alzaban por encima de Fool's Gold, era una vieja y enorme casona cuyo estilo arquitectónico oscilaba entre el de un chalé y un palacete Victoriano. Las vistas eran impresionantes, el restaurante de cinco estrellas y el servicio impecable. Había boutiques de primera clase en el vestíbulo y un balneario que tentaba a famosos de todo el mundo. Si aquella hubiera sido su boda, Katie habría preferido casarse en el pueblo, a orillas del lago, y celebrar el banquete en algún restaurante de la localidad. Su hermana, en cambio, siempre había querido una boda fastuosa. Por eso iban a pasar cuatro días allí.

Katie ya se había registrado en el hotel, como el resto de su familia más inmediata. Los que venían de fuera del pueblo llegarían en cualquier momento, y ella tenía que encontrar a Howie antes de que lo encontraran otros. Era esencial que coordinaran sus historias. Si no, no tendría sentido tenerlo allí todo el fin de semana.

Se le ocurrió por un segundo dejar al descubierto aquella trampa. Así se libraría de Howie, pero se vería reducida al estatus de vieja solterona. Sí, había empezado un nuevo siglo. Sí, las mujeres podían hacer de todo. Pero en el mundo de los McCormick, seguir soltera a los veintisiete años no era sólo una calamidad, sino también una vergüenza.

—Pero tú eres periodista deportiva —diría otra vez su tía Tully—. ¿No puedes cazar a un marido, con todos esos deportes que ves?

Ojalá fuera tan sencillo. El problema era que, aunque le encantaban los deportes; la competición, la búsqueda de superación, las pequeñas singularidades que hacían interesante cada partido, los deportistas le gustaban menos. Tal vez fuera porque, gajes del oficio, solía verlos en sus peores momentos. Era como trabajar en la cocina de un restaurante. Después, cenar fuera nunca volvía a ser lo mismo.

Un hombre alto y moreno entró en el vestíbulo. Era tan guapo que la gente se volvía a mirarlo, y tenía un cuerpo a juego. Tenía los hombros anchos y las piernas largas, e iba pulcramente vestido con vaqueros y una camisa de rayas azules y aspecto suave. «Qué más quisiera yo», pensó Katie con amargura, mirando más allá del tío bueno con la esperanza de ver a aquel tipo torpón que estaba a punto de llegar tarde.

Howie se dedicaba a los ordenadores. Tal vez debería haberle enviado un e-mail para recordarle su cita.

—¿Katie?

El desconocido alto y moreno se detuvo a su lado. Ella miró su boca firme, su mandíbula fuerte y sus preciosos ojos verdes, ocultos tras unas gafas de montura



plateada. Y se quedó boquiabierta. Lo notó, y a continuación tuvo que hacer un esfuerzo por cerrarla. No podía ser. Era imposible. ¿En qué planeta pasaban esas cosas?

—¿Ho-howie?

Él sonrió. Era una de esas sonrisas sexis y socarronas que hacían ronronear a cualquier mujer que hubiera alrededor.

—Jackson —dijo—. Ahora me llaman Jackson. Es mi segundo nombre.

«También podrían llamarte "bombón"», pensó ella, aturdida, mientras intentaba fijarse en los cambios. Ahora era más alto, más musculoso, y hasta su pelo era perfecto.

—¿Ho-Howie? —repitió.

La sonrisa se convirtió en una risa suave.

—No he cambiado tanto.

*Au contraire.*

—Has, eh, crecido —logró decir ella, confiando en no parecer tan estúpida como se sentía.

—Tú también.

Ella arrugó la nariz. No había crecido precisamente. Seguía teniendo más o menos la misma estatura que a los trece años: en torno a un metro sesenta. La diferencia era que, desde entonces, había perdido unos veinte kilos. Y había descubierto cómo sacar partido a su cara más bien corriente.

Y no es que se quejara, exactamente. Pero en una familia formada por personas muy altas, delgadas y atractivas, ella era como un retroceso a aquel linaje bajito y curvilíneo que todos consideraban ya superado por su buena crianza.

—Sí, bueno, por lo menos ya no estoy regordeta —dijo, pensando que no tenía sentido ignorar lo obvio.

Jackson la observó un momento.

—Tus ojos siguen siendo los mismos. Son bonitos. Me acordaba de su color.

—¿Porque te fulminé con la mirada? —preguntó ella.

—Aja. Me daba pánico que fueras a darme una paliza.

—Me trataste como si fuera idiota.

—Me sentía fuera lugar, y era un modo de compensar mi incomodidad —se encogió de hombros—. No te lo tomes como algo personal. Actuaba así en todas partes.

—¿Una de las desventajas de ser siempre el más listo de la clase?

—Tú tampoco te quedaste corta.

Ella se rió.

—Me vi reducida a amenazarte con la violencia física. No creo que pueda decirse que me quedé corta.

—Pues te ha ido bastante bien. Tengo entendido que ahora eres una famosa periodista deportiva.

Si hubiera estado bebiendo, Katie se habría atragantado.

—No exactamente. ¿Eso es lo que te ha dicho tu madre?





El asintió.

—Trabajo en el periódico del pueblo. El *Fool's Gold Daily Republic*. Me ocupo de las páginas deportivas, de vez en cuando hago un editorial y, cuando están muy desesperados, algún que otro artículo de urgencia. Nadie diría que eso es ser famosa.

—Te gusta tu trabajo, te lo noto en la voz.

—Sí, me gusta —se descubrió mirando sus ojos verdes y deseando haberle hecho caso a su madre antes. Howie... eh, Jackson... era todo lo que le había dicho y más—. Me han dicho que eres una especie de genio de los ordenadores —hizo una mueca, y pensó que quizá debería haberse informado un poco—. Createste un programa sobre... eh... no sé qué asunto empresarial.

Aquella lenta y provocativa sonrisa volvió a aparecer.

—Control de inventarios. Créeme: es mejor que no sepas los detalles.

—Seguramente, pero está bien que alguien se ocupe de los inventarios. Es muy... ingenioso.

El levantó las cejas.

—¿Ingenioso?

—Estudié periodismo deportivo, no empresariales. «Ingenioso» es lo único que se me ha venido a la cabeza, dadas las circunstancias. Ponme un plazo de entrega y seguro que me ocurre algo más impresionante.

—Puede que ya esté impresionado.

Katie no sabía si era por lo que había dicho o por cómo lo había dicho, pero por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sintió francamente femenina. Si hubiera tenido el pelo un par de centímetros más largo, habría sentido la tentación de sacudir la melena. Lo cierto era que se alegraba de que su madre la hubiera hecho ponerse un vestido de verano en vez de unos vaqueros y una camiseta, y de haberse puesto rímel y brillo en los labios.

—No eres como esperaba —continuó él.

—Lo sé —reconoció ella, intentando no batir las pestañas, aunque se moría de ganas—. Cuando mi madre sugirió que viniera contigo, no me hizo ninguna gracia. Pero te agradezco mucho que hayas venido y que vayas a echarme una mano con esto.

—No hay problema.

—Eso dices ahora, pero no tienes ni idea de dónde te estás metiendo —Katie sonrió—. Quizá debería confiscarte las llaves del coche antes de decir nada más. Para que no puedas salir huyendo en plena noche.

—¿Tan terrible es?

—Digamos que mi hermana sólo es feliz rodeada de melodrama y que tengo una tía que tiene por costumbre seducir a maridos y novios ajenos. Como sin duda te habrá dicho tu madre, el novio es mi ex. Y eso es sólo el principio.

—Parece divertido.

—No sabes cuánto. ¿Te apetece probar?

—Creo que podré arreglármelas. ¿Tú lo dudas?

No, teniendo en cuenta que la miraba como si fuera una deliciosa golosina. Lo



cual era imposible: tenía que ser un efecto visual producido por la luz. O algún problema con sus gafas.

—Deberíamos... eh... registrarte en el hotel —dijo Katie—. ¿Has venido mucho a Fool's Gold estos últimos años?

—No había estado aquí desde nuestro último encuentro.

—Pero te criaste en Sacramento —dijo ella—. Y está muy cerca.

—Pero después de la facultad me fui en dirección contraria. Hacia la costa —paseó la mirada por el vestíbulo—. Según parece, aquí se esquía muy bien en invierno.

—¿Tú esquías?

—Un poco. Me gusta mucho, pero no se me da muy bien.

—A mí también —dijo Katie—. Es más fácil que el snowboard, por lo menos para mí. Me encanta probar distintos deportes, pero de momento no he encontrado ninguno que se me dé del todo bien —lo condujo hacia el mostrador de recepción—. Aquí hay algunas pistas excelentes en invierno. Pero en esta época del año lo mejor es acampar y hacer senderismo. El hotel se dedica a celebrar bodas y cursos de fin de semana. Trae a chefs de cinco estrellas o a expertos en arte. Esas cosas. Y viene gente de todas partes para asistir a conferencias o ver exhibiciones.

—¿Trabajas en una agencia de viajes en tu tiempo libre?

Katie se rió.

—Vivo en el pueblo. No es difícil mantenerse al corriente de lo que pasa.

—¿Creciste aquí y nunca has querido irte?

Ella ladeó la cabeza, pensativa.

—No, la verdad. Fui a Ashland College y, aunque me encantó, estaba deseando volver. Fool's Gold es mi hogar —hablaba con certeza, como si aquella creencia fuera inamovible.

Jackson se había sentido a gusto en Sacramento, durante su infancia, y después en el MIT. Había vivido en la costa este una temporada, pero al decidir montar su propia compañía de software, se inclinó por el oeste. California tenía algo especial. Ahora vivía en Los Ángeles y, aunque le encantaba la ciudad, no podía afirmar que fuera su hogar con el mismo fervor que Katie.

Se había llevado una sorpresa con ella. Tenía mucha energía, como si disfrutara de todo lo que hacía. Sus ojos azules brillaban con humor e inteligencia. Era tan curvilínea y tentadora que, con sólo entrar en una habitación, te dejaba sin aliento. Había algo especial en su modo de moverse: una especie de determinación y de sutil sensualidad que hacía que algunas partes del cuerpo de Jackson gruñeran de ansia.

A los trece años, lo había aterrorizado. Catorce años después, era una tentación, aunque Jackson no fuera a hacer nada al respecto. La hija de la mejor amiga de su madre era terreno prohibido. Y no sólo porque sus madres quisieran controlar cualquier posible relación entre ellos, sino porque Jackson imaginaba perfectamente lo que diría su madre si sospechaba que se disponía a romperle el corazón a la hija de su mejor amiga. Una lástima, pensó con no poco pesar.

—La familia ocupa un ala del hotel —iba diciendo Katie mientras se acercaban



al mostrador de recepción—. Pero me he asegurado de que no te pusieran cerca. No queremos que la tía Tully se cuele en tu habitación en plena noche —su sonrisa se volvió malévol—. Todavía eres joven: te causaría un trauma irreparable.

—No sé si me muero por conocerla o prefiero esconderme.

—Yo te protegeré.

Él se registró rápidamente en el hotel, después de lo cual le dieron una llave antigua.

—Es por aquí —dijo Katie, indicando los ascensores del fondo del pasillo—. Prepárate, porque todo empieza esta noche. Hay una fiesta —se detuvo y lo miró.

—Las fiestas están bien.

—Una fiesta de disfraces con temática de los años cincuenta. Ya tienes un disfraz en tu habitación.

¿Una fiesta de disfraces? Jackson notó que su madre se había callado unos cuantos detalles.

—Suenan genial —mintió.

Katie se rió y le tocó el brazo.

—No te preocupes. Los chicos sólo tienen que llevar camisa blanca de manga corta. Puedes ponerte vaqueros y, si tienes mocasines, mejor que mejor.

—¿Con calcetines blancos?

—Ése sería el toque ideal.

Jackson notaba la calidez de sus dedos en la piel. Le gustaba que tuviera por costumbre tocar a los demás. Le daba ganas de tocarla a él también. De tomar el control de la situación.

Bajó la mirada hacia su boca y allí la dejó. Sus labios eran tan curvilíneos y carnosos como el resto de su cuerpo. Katie era la exuberancia personificada.

—A mí me toca llevar falda de campana —prosiguió ella—. Con rebequita, ¿te lo puedes creer?

Una imagen interesante, pensó Jackson sin dejar de mirar su boca. Nunca antes le había atraído la moda retro, pero tenía la impresión de que, gracias a Katie, iba a aficionarse a ella.

—Creo que deberíamos coordinar lo que vamos a decir —dijo ella con voz levemente crispada.

Él la miró con esfuerzo a los ojos. Tenía las pupilas un poco dilatadas y parecía algo jadeante.

—Sobre cómo nos conocimos —añadió.

—Podríamos decir la verdad: que nos emparejaron nuestras madres.

—Eh, sí. Eso está bien —se aclaró la garganta—. ¿Hace seis meses, digamos?

—Por mí, bien. Estamos juntos desde entonces —sonrió—. Me sorprendió un poco que me invitaras a dormir contigo en la primera cita, pero, como soy un caballero, no tuve valor para negarme.

Los ojos de Katie se agrandaron y luego, al juntarse sus cejas, volvieron a achicarse.

—¿Cómo dices? Eres tú el que a los quince minutos de conocernos estaba



completamente loco por mí. Prácticamente me acosaste. Yo sólo salí contigo porque me sentía culpable por haber puesto tu vida patas arriba.

Jackson se rió.

—O podríamos quedar en un término medio. Atracción mutua y un interés creciente.

—De acuerdo. Aunque me gusta mucho la idea de que estuvieras desesperado.

Katie no tenía ni idea de lo poco que haría falta para ponerlo en ese estado, pensó él, y de nuevo tuvo ganas de tocar su piel para ver si todo su cuerpo era tan suave como sus manos.

Echaron a andar hacia los ascensores. Pero, antes de que llegaran, una mujer atractiva, de más de cincuenta años, se acercó a ellos a toda prisa. Jackson reconoció a la mejor amiga de su madre.

—Hola, Janis —dijo—. Me alegro mucho de verte.

—Howie —dijo ella, distraída.

Jackson intentó no hacer una mueca al oír aquel nombre. Su madre se negaba a llamarlo de cualquier otro modo, así que era lógico que Janis ignorara que ya no respondía a aquel patético nombre.

—Tenemos una crisis —le dijo Janis a su hija.

—¿Sólo una? Estaba segura de que habría más.

—No tientes al destino. Todavía es pronto —Janis exhaló un suspiro—. Se trata del pastel. O, más bien, de la pastelera. Por lo visto los adornos se hacen antes, luego se hace la tarta y después se junta todo y queda precioso. No estoy muy segura de los detalles.

—Está bien, ¿cuál es el problema?

—Que la pastelera ha tenido un accidente de coche. Se ha roto un brazo y no estará recuperada hasta dentro de dos meses. No quisiera parecer cruel, pero ¿tenía que pasar precisamente hoy? La tarta iba en el coche. Así que tenemos los adornos, que llegaron ayer, pero no tenemos tarta —Janis agarró el brazo de su hija—. Yo no puedo ocuparme de esto. Tu hermana está histérica, tu padre se está escondiendo porque me ve cara de pánico. Están llegando tus parientes y la tía Tully ya ha intentado ligar con el botones. Tienes que ayudarme.

—¿Por qué dices «mis parientes»? —preguntó Katie—. ¿«Mi hermana»? ¿«Mi padre»? También son tu familia.

—No me estás ayudando —contestó Janis, con voz cada vez más chillona.

—Perdona. Encontraremos otro pastelero.

—¿Cómo? Estamos en plena época de bodas. Estarán todos ocupados. Esto es una señal. Esta boda va a ser un desastre, lo intuyo.

—Cálmate, mamá.

—No puedo.

Jackson sacó su teléfono móvil.

—Quizá yo pueda ayudar. Tengo una amiga que tiene un negocio de catering. Antes decoraba tartas. Seguro que puedo convencerla para que nos ayude.

Janis se volvió hacia él.



—No juegues con mis sentimientos, Howie. Estoy al borde de un ataque de nervios.

—Voy a llamarla ahora mismo —pasó su lista de contactos hasta que encontró el número de Ariel. Ella contestó unos segundos después. Jackson la saludó y le explicó el problema.

—No será tu boda, ¿verdad? —preguntó ella, recelosa.

—No. Es la de una amiga. Estoy pasando el fin de semana aquí, y luego volveré a casa.

Ella titubeó.

—Normalmente no tendría tiempo, pero me han cancelado un encargo a última hora. Estaré allí por la mañana. Necesitaré acceso a la cocina para preparar la tarta —mencionó un precio que hizo dar un respingo a Jackson, pero Janis se limitó a asentir con la cabeza.

—Genial —dijo—. Estoy deseando verte.

—Gracias. Nos vemos pronto —cuando colgó, Janis le dio un abrazo.

—Nos has salvado a todos.

—Es una tarta, no un rescate de un edificio en llamas.

—Es casi lo mismo —ella se llevó la mano al pecho—. Ya puedo respirar otra vez, por lo menos hasta que estalle la siguiente crisis. Ahora, id a vuestras habitaciones a prepararos para la fiesta. Yo voy a emborracharme —se dirigió hacia el bar.

Jackson pulsó el botón del ascensor y miró a Katie.

Ella levantó las cejas.

—Entonces... Ariel es una ex novia.

—¿Cómo lo sabes?

—Los hombres no suelen tener el número de una pastelera grabado en la lista de marcación rápida.

—Está en mi lista de contactos. Es distinto.

—Pero se le parece.

Se abrieron las puertas y entraron en el ascensor. Katie apretó el botón del cuarto piso.

—¿Acabasteis mal? —preguntó.

—No, la verdad es que fue muy fácil. Ella me dejó. Yo pensé que estaba destrozado, pero no fue así —se había recuperado tan rápidamente de la ruptura que había llegado a la conclusión de que estaban mejor siendo amigos.

—Supongo que eso es preferible a pasarse meses llorando por alguien.

Él la miró.

—¿Eres de las que se pasan meses llorando?

—Bueno, he estado un poco deprimida un par de veces en mi vida, pero pasarme meses llorando, eso nunca.

El ascensor se detuvo y salieron. Katie lo condujo hacia su habitación.

—La mía está enfrente —dijo.

Él miró la puerta y luego la miró a ella.



—¿Puedo fiarme de ti? —preguntó.

Katie sonrió.

—Si hubieras sido tan divertido hace catorce años, no habría amenazado con darte una paliza.

—Si hubiera sido así hace catorce años, habría querido que lo intentaras.

Se miraron el uno al otro. Katie parpadeó primero; después, miró su reloj.

—Este disparate empieza dentro de una hora —dijo—. Prepárate.

—No me asusto fácilmente. Además, te tendré a ti para protegerme.

—Reza por que la tía Tully no se fije en ti.

—Puedo arreglármelas con la tía Tully.

—Eso dices ahora —dijo Katie por encima del hombro mientras se alejaba.



## Capítulo 3

Había algo curiosamente divertido en ponerse una falda de campana, pensó Katie mientras se miraba al espejo. Aquel estilo repolludo no contribuía a alargar sus piernas, claro, lo cual era siempre un reto, en una familia patilarga, pero, por otro lado, las capas y capas de enaguas hacían que su cintura pareciera diminuta. Dio un par de vueltas para ver el efecto y luego se alisó las faldas.

Se había recogido el pelo, que le llegaba hasta el hombro, en una coleta atada con un pañuelo de gasa, se había ahuecado el flequillo y, para completar el disfraz, se había puesto una sarta de perlas falsas.

Al oír que llamaban a la puerta, cruzó corriendo la habitación. Abrió de golpe y estuvo a punto de desmayarse al ver a Jackson con vaqueros y una camiseta blanca muy ajustada. Se había echado el pelo hacia atrás y enrollado las mangas de la camiseta. Tenía un aire al mismo tiempo sexy y peligroso: una mezcla muy tentadora.

—West Side Story es una de las películas favoritas de mi madre —dijo ella, riendo—. Eres el Jet ideal.

Jackson la recorrió tan despacio con la mirada que a ella se le tensaron los dedos de los pies dentro de los mocasines.

—Estás muy guapa. Me gusta la falda.

Ella dio una vuelta.

—Nunca me había puesto enaguas.

—Pareces...

—¿Saludable? —dijo ella—. ¿Virginal?

—Una de esas chicas que llevan anillo de graduación.

A Katie se le encogió el estómago al oírle. Procuró disimular su reacción.

—Ésa soy yo.

Se guardó la barra de labios y la llave de la habitación en el bolsillo y le indicó que la precediera. Mientras esperaban el ascensor, Jackson se apoyó en la pared y la observó.

—¿Tocar o no tocar? —preguntó—. ¿Cómo vamos a demostrarle al mundo, o al menos a tu familia, que somos pareja?

«Sexo», pensó ella inesperadamente. Podían acostarse. A ella le valdría, desde luego.

—Eh, podemos tocarnos un poco. Courtney y Alex no paran de hacerlo, pero en cierto momento empieza a parecer una horterada.

—Estoy de acuerdo.

Él la miraba de forma extraña. Como si intentara descubrir algo. Su mirada fija



la ponía nerviosa. Katie miró hacia el suelo y luego se obligó a mirarlo. ¿Eran imaginaciones suyas o el ascensor tardaba una eternidad?

Fueron pasando los segundos. Jackson se incorporó, se acercó a ella, tomó su cara entre las manos, se inclinó y le dio un beso en los labios.

Fue un contacto suave, ávido e inesperado. Una oleada de calor estalló dentro de ella y la hizo empinarse hacia él. Jackson se apartó mucho antes de que a ella le apeteciera dejar de besarlo, pero siguió tocándola con sus grandes manos y acariciándole las mejillas con los pulgares.

—Para practicar —dijo, con un brillo divertido en la mirada—. Para hacerlo bien, por si alguien nos lo pide.

Katie no creía que nadie fuera a pedirles una demostración, pero convenía estar preparados. Justo cuando iba a sugerir que practicasen otra vez, se abrieron las puertas del ascensor. Por desgracia, la tía Tully era la única ocupante.

—¡Katie! —exclamó alegremente, y se arrojó fuera del ascensor—. Te estaba buscando por todas partes —miró a Jackson y levantó las cejas—. Hola, guapo. Katie me tiene mucho cariño, y le gusta compartir.

Jackson bajó las manos inmediatamente y dio un paso atrás. Si la situación no hubiera sido peligrosa en varios aspectos, a Katie le habría hecho gracia. Más o menos.

Tully era hermana de su padre. Una dinamo redonda, baja y rubia que vestía como si tuviera veinte años... o más bien dieciséis. Salvo por las joyas. Todos aquellos brillos demostraban lo bien que se había casado. Varias veces. Actualmente, estaba buscando a su sexto marido.

Casada o no, le encantaban los hombres. Todos los hombres, incluso los casados o los que tenían pareja. Era el alma de la fiesta, estaba encantadora con dos copas de más y carecía por completo de sentido de la medida. Katie la quería y la temía al mismo tiempo.

Jackson pareció recuperarse. Le tendió la mano.

—Tú debes ser la tía Tully. Encantado de conocerte.

—Vamos, hombre —dijo Tully, tendiéndole los brazos—. Somos familia. No vamos a darnos a la mano.

Jackson se acercó con recelo y se inclinó hacia ella como si se dispusiera a darle un abrazo de compromiso. Katie deseó apartar la mirada, pero no pudo. Tully esperó a que Jackson estuviera cerca y, cuando estaba desprevenido, lo agarró y tiró de él. Jackson chocó contra su amplio pecho, intentó enderezarse y descubrió que el único lugar donde podía apoyarse eran sus senos. Decidido a no tocarlos, agitó los brazos durante unos segundos antes de poder dar un paso atrás. Tully, sin embargo, logró plantarle un beso en la boca.

Después sonrió, satisfecha.

—¿Qué tal es? —le preguntó a Katie.

Katie se acercó al Jackson, que parecía ligeramente pasmado, y lo rodeó con los brazos.

—Es mío. Y no te lo dejo.





Tully hizo un mohín, y sus ojos azules los miraron, pensativos.

—¿Estás segura? Te compro un coche. Uno de esos Lexus nuevos.

—Gracias, pero no.

—¿Y dinero en efectivo?

Jackson se aclaró la garganta.

—Señora McCormick, aunque me siento halagado por...

Tully hizo un ademán desdeñoso.

—Negociar no es asunto tuyo. ¿Katie?

—Lo siento, pero no.

—Está bien. Tendré que ver quién hay disponible. ¿El novio tiene algún hermano?

—No —respondió Katie, orgullosa de sí misma por no sugerirle que lo intentara con el propio Alex. Aunque habría en ello cierta justicia poética si Tully lograba robárselo a Courtney, sería demasiado problemático para todos.

Además, cabía la ligera posibilidad de que Courtney quisiera realmente a Alex.

El ascensor regresó a su piso. Tully montó en él.

—Nosotros tomaremos el siguiente —dijo Katie, pensando que Jackson necesitaba un momento para reponerse.

—Nos vemos en la fiesta.

La puerta se cerró.

Jackson se apoyó en la pared.

—Ésa era la tía Tully.

—Intenté avisarte.

—Quería comprarme.

—Lo sé.

—Por dinero en efectivo.

—Le gustan los hombres.

—Podría ser mi madre.

—Técnicamente, podría ser tu abuela, pero intenta no pensar en ello.

Él sacudió la cabeza y se irguió.

—Ahora ya sé por qué necesitabas pareja para la boda.

—No toda la familia es tan terrible. Mis padres son geniales. Y Courtney es muy guapa —Katie quiso añadir que sería agradable que no se enamorara de su hermana, pero ¿qué sentido tenía? O se enamoraba, o no se enamoraba.

—Tully es la peor, ¿no? —preguntó él.

Katie se rió.

—Sí. Te lo prometo. El resto de mi familia sólo hace preguntas indiscretas. Como cuánto tiempo llevamos saliendo o cuáles son tus intenciones.

—Quieren que te cases, ¿eh?

—Ésa es su meta. Cualquiera pensaría que tener una profesión maravillosa y montones de amigos es suficiente, pero no. Tú, como eres hombre, no sufres esa clase de presiones.

—Mi madre siempre está hablando de lo mucho que le apetece tener nietos,



pero yo me hago el sordo.

Ojalá ella pudiera hacer lo mismo, pensó Katie. Lo intentaba, pero de vez en cuando la oía.

Apretó de nuevo el botón para llamar al ascensor.

—Por cierto... ¿por qué no te has casado? ¿O eres uno de esos hombres que no quieren atarse?

—Me gusta la idea de tener mujer e hijos —contestó él, acercándose—. Pero cuando era más joven nunca ligaba.

Ella miró sus anchas espaldas, sus ojos verdes y la forma de su boca.

—A riesgo de inflar tu ego, no creo que ahora tengas problemas para eso.

—No. Ahora el problema es encontrar a la chica adecuada.

—¿Qué estás buscando?

Jackson fijó la mirada en ella. Tenía una expresión sagaz. Como si pensara que quizá...

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Katie, querida, aquí estás —la madre de Katie se tambaleaba ligeramente.

Katie montó en el ascensor y se volvió hacia su padre.

—Está borracha.

—¿Tú crees? —su padre le tendió la mano a Jackson—. Mike McCormick.

—Jackson Kent, el hijo de Tina.

—Claro, claro —seguía rodeando a su esposa con el brazo—. Tu madre se ha tomado dos martinis.

Katie hizo una mueca.

—Uno suele ser suficiente para que se caiga. Y aunque está encantadora cuando se emborracha, dudo que éste sea el momento más adecuado.

Janis dio unas palmaditas a su marido en la mejilla.

—No te enfades. Tú sabes que te gusto borracha. Es cuando tienes suerte.

—¡Mamá! —Katie se tapó los oídos—. Para, por favor. No quiero oírlo.

Janis le sonrió.

—Deberías alegrarte de que tus padres todavía tengan vida sexual. Eso significa que nuestro matrimonio va bien. No querrás que nos divorciemos, ¿no?

—¿Debería ponerme a silbar en voz alta? —preguntó Jackson con una sonrisa.

—¿Te parece divertido? —contestó Katie—. ¿Quieres que hablemos de la vida sexual de tus padres? —Katie miró a su madre mientras intentaba no mirar a su padre—. Ésta es la boda de Courtney. Tienes que concentrarte.

—Y lo haré. Sólo estoy diciendo que el sexo mejora con la edad. Antes siempre teníamos que preocuparnos porque tu hermana o tú nos interrumpierais. Todas esas duchas por la tarde, cuando intentábamos echar un polvo rapidito... Pero ¿cooperabais vosotras? Claro que no. Siempre era «mamá esto, mamá aquello». Una vez me disteis un susto tan grande que estuve a punto de arrancarle de un mordisco la...

Las puertas se abrieron y Katie salió de un salto al piso inferior, donde iba a celebrarse la fiesta. Echó a andar a toda prisa, como si así pudiera huir de la horrenda



imagen que tenía en la cabeza.

—Gatitos, perritos y helados —murmuraba mientras avanzaba—. Londres. Pensaré en Londres —se detuvo y se tapó la cara.

Luego, unos brazos fuertes la rodearon, apretándola. Pero Jackson se reía a carcajadas, y eso mitigó el efecto de su abrazo.

—Por si te sientes mejor —dijo—, tu padre está avergonzado.

—No me siento mejor. ¿Cómo ha podido decir eso?

—Ha bebido.

—Aun así —se estremeció, con la cara todavía pegada a su hombro—. Es asqueroso. Lo del matrimonio feliz no, claro. Quiero que sean felices, no por mí, sino por ellos. Pero los padres no deberían hablar de sus relaciones sexuales delante de los hijos.

—Necesitas una distracción.

—O un lavado de cerebro.

—¿Katie?

Levantó la mirada automáticamente. Y, en cuanto lo hizo, él la besó.

Su boca cálida e incitante se apoderó de la suya. Piel con piel, el movimiento sensual de sus labios la dejó incapacitada para otra cosa que no fuera sentir. Jackson la sujetaba con firmeza y cuidado, pero con una confianza que hacía que Katie sintiera ganas de rendirse. Tenía las manos apoyadas en su espalda, colocadas de tal modo que las yemas de sus dedos rozaban ligeramente la curva de su trasero. A pesar de la falda y las enaguas, Katie sentía su calor y su presión. Él tocó su labio inferior con la lengua y ella abrió los labios. Él se adueñó de su boca. Katie ladeó la cabeza, le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar.

El deseo la embargó por completo. El deseo y el ansia. Hacía tanto tiempo que no sentía aquel arrebató... Demasiado tiempo. Había olvidado lo agradable que era que la abrazaran. Sentir la firmeza del cuerpo de un hombre contra su cuerpo.

Oyó voces a lo lejos, pero no hizo caso. Nada importaba, salvo besar a Jackson. Por ella, podían seguir besándose eternamente. Pero por lo visto a Jackson se le daba mejor besar que leer el pensamiento, porque pasados unos minutos se apartó.

—¿Mejor? —preguntó.

Ella parpadeó al oír la pregunta.

—¿Lo has hecho para distraerme?

—En parte.

Genial. Así que ella había entrado en éxtasis mientras él hacía el equivalente a darle unas palmaditas en la cabeza.

Él esbozó una sonrisa sexy y prometedora.

—Pero también lo he hecho porque quería.



## Capítulo 4

A la mañana siguiente, Katie se obligó a levantarse mucho antes de lo que le hubiera apetecido, se puso su chándal y bajó soñolienta al gimnasio del hotel. No se había peinado y apenas se había lavado los dientes, pero por suerte se había acordado de llevar una botella de agua. Esperaba encontrar vacío el gimnasio, con excepción de una persona o dos.

Pero se encontró a Jackson sudando en una de las dos máquinas elípticas.

Estaba muy guapo sudoroso, pensó Katie mientras lo miraba. Era alto y delgado, pero tenía suficientes músculos como para hacer la vida interesante. Llevaba puestos unos auriculares y estaba viendo las noticias nacionales. Aún no había visto a Katie.

Tras las confesiones sexuales de su madre y aquel beso embriagador, el resto de la noche había transcurrido con bastante calma. La tía Tully había mantenido las distancias, aunque seguía mirándolo con interés. Nadie se había emborrachado más de la cuenta. Pero el fin de semana era joven, pensó Katie mientras se dirigía a la otra elíptica.

Con sus antecedentes y sus genes, no podía dejar de entrenar. Si no vigilaba lo que comía y no hacía ejercicio regularmente, engordaba enseguida. Triste, pero cierto. Así que, si tenía que enfrentarse a Jackson con aquel aspecto, que así fuera.

Se subió a la máquina y estudió la consola. Utilizaba una muy parecida en su gimnasio, así que sabía a lo que se enfrentaba. Tras elegir su programa favorito y mentir sobre su peso sólo unos tres kilos, apretó el botón de inicio y se preparó para sufrir.

A su lado, Jackson se quitó los cascos.

—Buenos días —dijo con una sonrisa.

Él tampoco se duchaba antes de entrenar. No se había peinado, ni se había molestado en afeitarse. Así que ¿por qué parecía un modelo anunciando sexo apasionado a primera hora de la mañana?

—Hola.

—Has madrugado mucho.

—Lo necesito para mantener mi índice de masa corporal por debajo de las dos cifras.

Jackson la miró de arriba abajo y luego sacudió la cabeza.

—Qué va. Estás estupenda.

Ella se sonrojó de placer. Pero, como ya estaba colorada por el ejercicio, tuvo la tranquilidad de saber que él no lo notaría.

—Gracias, pero es la verdad. Tú me viste cuando era gorda. Siempre estoy en



un tris de volver a serlo.

De lo que más se acordaba Jackson era de lo guapa que era Katie de adolescente, aunque hubiera amenazado con darle una paliza. No tenía ganas de pasar la tarde con una cría, pero en cuanto la vio, se sintió... intrigado. Tan intrigado como podía estarlo un chico de dieciséis años, reprimido y torpón.

Ya no era un reprimido, pensó mientras procuraba no mirar sus pechos, que rebotaban al ritmo de sus movimientos. Y no sólo porque no quisiera que lo pillara mirando: sus pantalones cortos no ocultarían su inevitable reacción física, y menudo corte.

—Te preocupas demasiado —le dijo.

—Tú nunca estuviste gordo —contestó ella con un brillo divertido en los ojos azules—. Pero no pasa nada. Llevo casi doce años entrenando todos los días y ya casi me gusta.

Él se rió.

—¿Ésa es la meta? ¿Disfrutarlo?

—Todo el mundo ha de tener sus fantasías.

—¿Fue así como empezaste a interesarte por los deportes? ¿Haciendo ejercicio?

Ella tomó su botella de agua y bebió un largo trago.

—No. Siempre me ha encantado el deporte. Creo que es por influencia de mi padre. Mi madre dice que, en vez de leerme cuentos de hadas por las noches, me leía el suplemento deportivo. Ya de pequeña me interesaban el fútbol y el béisbol.

—¿Juegas a algo?

Ella sacudió la cabeza.

—Ojalá. Lo he probado todo. Y lo mejor que puedo decir de mí misma es que no jugaba del todo mal al fútbol. Claro que tampoco era buena. Pero no importa. Es simplemente que no tengo coordinación. Ni soy rápida. Ni atlética. Ya has visto a la tía Tully. Físicamente, salgo a ella. Así que ya sabes: los que pueden, lo hacen, y los que no, se dedican a escribir. Yo fui a Ashland College a aprender a escribir.

—Fue allí donde estudiaste periodismo deportivo.

Algo brilló en sus ojos azules.

—Te has acordado.

Se acordaba de casi todo lo que había dicho, pensó Jackson. Era una de esas mujeres que costaba olvidar.

—Eres la primera periodista deportiva que conozco —dijo con ligereza—. Y uno nunca olvida su primera vez.

Katie se rió.

—Eres un encanto. En serio. ¿Alguna vez has ido a la reunión de antiguos alumnos de tu instituto?

Jackson se estremeció.

—No, gracias. Prefiero enfrentarme a las llamas del infierno.

—Pues deberías pensártelo. Causarías una auténtica conmoción. Todas esas chicas que te despreciaron, se volverían locas por ti.

—Puede que no quiera que se vuelvan locas por mí.



—¿No te gusta la venganza?

—No. No necesito su aprobación para disfrutar de la vida —se quedó mirándola—. ¿A ti te gusta la venganza? Porque, si es así, éste es el fin de semana perfecto.

Katie se limpió la cara con una toalla. Hasta sudorosa y acalorada estaba guapa, pensó Jackson. Tenía el pelo de punta y sus pechos seguían rebotando. Aquélla era su idea de una mañana estupenda.

—Por citar lo que tú mismo acabas de decir, no, gracias. Alex no me interesa. Tuvo su oportunidad y la echó a perder.

—Ese tipo es idiota.

Katie sonrió.

Jackson sintió que el calor de su sonrisa le llegaba hasta la entrepierna.

—Dices unas cosas muy bonitas —le dijo ella—. Courtney puede ser un auténtico incordio. Pero tienes que entender el contexto. Estuvo enferma de pequeña. Tuvo cáncer. Todo el mundo la mimaba y, cuando se curó, seguimos tratándola como si fuera a morir en cualquier momento. Se acostumbró a los mimos, y además se volvió preciosa al hacerse mayor y los chicos empezaron a enamorarse de ella. Algún día madurará y, cuando lo haga, será una buena persona. Creo que Alex la quiere de verdad. Éste es su fin de semana. Quiero que todo les vaya bien.

Aunque su entrenamiento ya había acabado, Jackson siguió hasta que terminó Katie. Salieron juntos del gimnasio y se dirigieron a las escaleras. En el piso principal, Jackson se disponía a preguntarle si quería desayunar cuando alguien le tocó el brazo.

—¿Jackson? Hola.

Al volverse, vio a Ariel parada en el vestíbulo. Seguía siendo alta y preciosa, con el pelo rubio rojizo y los ojos del color de la hierba en primavera. Era muy guapa, pero no la había echado de menos después de su marcha.

—Ariel —dijo, y miró a Katie—. Katie, ésta es Ariel, una magnífica pastelera.

Katie los miró a los dos y esbozó una sonrisa que no parecía muy feliz.

—Qué bien. Estamos encantados de tenerte aquí. ¿Ya has visto la cocina? Hablamos con el personal y te han reservado una zona para que trabajes. El repostero jefe hizo los bizcochos anoche, para que estuvieran fríos y listos para que montes la tarta. Te agradecemos muchísimo tu ayuda.

Ariel seguía mirando Jackson.

—No tiene importancia. Así yo también podré ocuparme de un par de cosillas —lo miró a los ojos un momento más, como si le diera a entender algo, y luego miró a Katie—. Aún no he visto la cocina.

—¿Por qué no vais ahora mismo? —preguntó él, preguntándose por qué Ariel se portaba de forma tan extraña. ¿Estaba enfadada por que la hubiera llamado por trabajo? Pero, si no le hubiera interesado el trabajo, lo habría rechazado.

—Claro —dijo Katie—. La cocina está por aquí.

Ariel era una de esas mujeres que fascinaban a los hombres e intimidaban a los hombres sin necesidad de derramar una sola gota de sudor. Katie, en cambio, llevaba



sudando cuarenta minutos. No estaba en su mejor momento cuando mostró la cocina a aquella alta y despampanante pelirroja. Por suerte, Ariel no pareció fijarse en ella, así que tampoco tuvo nada que objetarle.

Katie le enseñó las capas de bizcocho recién horneadas y los adornos de la tarde y le presentó a André, su «contacto en la cocina». Luego se dirigió a la máquina de café que había en el vestíbulo. Tras beber el primer sorbo, cerró los ojos e inhaló el aroma del café. Y no porque necesitara la cafeína para sentirse despierta, sino porque aquel ritual la mantenía anclada en un mundo en el que los antiguos patosos como Jackson no le aceleraban el corazón con un solo beso o una sonrisa, ni tenían ex novias semejantes a diosas. Justo cuando creía que tenía posibilidades, se dijo con amargura. Estaba tan segura de que entre ellos había química, de que a Jackson le gustaba de verdad, de que estaba interesado en ella... Y tal vez no se equivocaba, pero era imposible que compitiera con alguien como Ariel. Aunque, de todos modos, no había ninguna competición, claro, pero aun así. ¿No podía haber salido Jackson con alguien un poco más... normal?

Volvió a llenarse el vaso y se dirigió hacia los ascensores. Cuando se abrieron, salió su hermana Courtney. Era todavía temprano, pero Courtney iba encantadoramente vestida con una faldita vaporosa y una camiseta ceñida. Su largo pelo brillaba y su maquillaje era perfecto.

—Katie —parecía sorprendida—. ¿Qué te ha pasado?

—He estado entrenando.

—Tienes un aspecto horrible —entornó los ojos—. ¿Seguro que estás bien? Estás muy colorada.

—Me pasa cuando hago ejercicio —contestó Katie alegremente, e intentó rodear a su hermana, pero las puertas del ascensor se cerraron. Suspirando, volvió a apretar el botón.

—Sé que tienes que entrenar por lo de tu peso, pero no deberías salir así en público. Alex siempre dice... —Courtney se interrumpió y sonrió, tensa—. ¿Has dormido bien?

Katie podría haber insistido en que le contara qué decía Alex. ¿Que no estaba en su mejor momento por la mañana? ¿Que no se despertaba alta y radiante? Pero luego decidió que no le importaba.

—Muy bien —dijo—. ¿Y tú?

En lugar de contestar, su hermana le puso una mano en el brazo.

—Sé que es duro para ti.

¿Dormir? No tanto. La mayoría de las noches le resultaba facilísimo.

—¿El qué?

—Verme con Alex.

—He tenido casi un año para acostumbrarme.

—Lo sé, pero esto es distinto. Vamos a casarnos. Sé que creías que eras tú quien iba a casarse con él.

—Ya no —le aseguró Katie mientras para sus adentros rezaba por que llegara el ascensor y la rescatara—. Estoy perfectamente.



—Mamá ha tenido que pagarte un acompañante.

Katie contuvo el aliento.

—Jackson no es un gigoló. Nadie le paga —al menos, eso creía—. Es un amigo de la familia —más o menos.

—Aun así —Courtney parecía sentir lástima por ella, lo cual no contribuyó a que Katie se sintiera mejor—. Es tan triste que haya tan pocos chicos que vean más allá de las apariencias... Yo no podría soportarlo. Debes de sentirte muy sola.

«Me quiero morir», pensó Katie. «O podría matar a Courtney». Antes de que pudiera tomar una decisión, llegó el ascensor y prácticamente se arrojó dentro.

Cuando se cerraron las puertas, se prometió a sí misma tomar vino en la comida.





## Capítulo 5

Katie se ahuecó los rizos y los roció con laca por tercera vez desde que había empezado a usar el rizador. Mientras no saliera ardiendo, todo iría bien.

La cena de esa noche era para dar oficialmente la bienvenida al resto de los miembros de la familia, que habían llegado ese día, y para festejar a la feliz pareja. Era una cena más bien formal, así que había elegido un vestido de fiesta que le sentaba como un guante. Le había costado más de la cuenta porque se lo habían hecho a mano, pero había valido la pena, pensó mientras dejaba el spray fijador y se volvía para verse por detrás. Con la luz adecuada, y con sus tacones de ocho centímetros, casi podía pasar por alta.

Teniendo en cuenta cómo había empezado el día, se merecía un poco de diversión por la noche. Aunque para ser sincera, tras aquel horrendo comienzo el día había transcurrido razonablemente bien. Había pasado la mañana recibiendo al resto de sus familiares a medida que llegaban. Jackson había estado muy guapo y muy simpático a la hora de la comida. Se habían sentado en una mesa en la que no estaba Courtney, y Ariel había dado señales de vida. Katie estaba dispuesta a considerarlo una victoria.

Salió del cuarto de baño y fue a recoger su bolso. Cuando casi había llegado, llamaron a la puerta. «Jackson», pensó, y el corazón se le aceleró un poco más de lo debido. Justo a tiempo.

Efectivamente, su pareja estaba en la puerta, muy guapo y sexy con un traje oscuro, camisa blanca y corbata gris.

—¿Voy bien? —preguntó—. He traído un esmoquin.

—Estás fantástico —contestó ella sinceramente, pensando que no había nada mejor que un hombre guapo, puntual y dueño de un esmoquin—. Voy a tener que interponerme entre la tía Tully y tú.

—Te lo agradecería. Aunque en la comida me ha parecido que estaba más interesada en el padre del novio.

—Eso sí que sería un espectáculo —Katie tomó nota de que debía pasarle la información a su madre. Aunque todavía no la había perdonado por la escenita del ascensor. Saber que sus padres tenían vida sexual era una cosa, y tener que oír los detalles, otra bien distinta.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó él.

Ella comprobó que llevaba la llave de la habitación en el bolsito de pedrería y tiró de la puerta.

—Estoy bien. Contando los días para que esto acabe. ¿Y tú?

—No es mi familia —replicó Jackson—. Aunque he decidido que, cuando me



case, quiero una ceremonia sencilla. Y que todo se haga en un día.

—Tienes razón. Esto es un infierno: no se acaba nunca.

Como los invitados eran cada vez más numerosos, la cena iba a celebrarse en una parte del salón de baile pequeño. El sábado tendría lugar allí la ceremonia, después de la cual habría un banquete en el salón de baile grande.

Al acercarse a la fiesta, Katie oyó risas y el tintineo del hielo en las copas. Se preparó mentalmente para pasar una noche entera con su familia al completo. Pero cuando se disponía a entrar en el salón, Jackson la retuvo en el pasillo.

—Quiero que sepas que estás preciosa —le dijo mirándola a los ojos.

Katie veía sus gruesas pestañas, el destello de admiración de su mirada. Aunque siempre había deseado ser más alta, tenía que reconocer que era agradable que un hombre se cerniera sobre ella. Al menos, aquel hombre.

—Gracias —murmuró—. Eres muy bueno.

Él frunció el entrecejo.

—¿Cómo dices?

—Que eres muy bueno.

Jackson frunció más aún el ceño.

—¿Te digo que estás preciosa y tú me insultas?

Aunque tenía una expresión feroz, Katie vio que tensaba un poco la boca. Como si intentara no sonreír.

—¿Cómo es posible? —preguntó, severo—. Me marchó.

Ella reprimió las ganas de reír.

—Espera, Jackson. Lo siento. No eres bueno.

Él siguió con el ceño fruncido.

—La verdad es que eres... —vaciló, y luego bajó la voz— malo. Muy malo. Ya me advirtió mi madre sobre ti.

—Eso está mejor —refunfuñó él—. Conviene que lo recuerdes.

Luego se inclinó para besarla. Katie tensó los músculos, expectante, y contuvo el aliento. Sus labios temblaban de emoción.

—Ah, ahí estás —una voz aguda y trémula hizo que la emoción de Katie se convirtiera en pesadilla—. Katie, tesoro, ven a darme un beso.

Katie se apartó de Jackson y sonrió a la ancianita que se acercaba a ella.

—Nana —dijo, y avanzó hacia ella.

Conteniendo el aliento, ya que por motivos que nadie lograba explicar, Nana Marie siempre olía a pescado, Katie se inclinó y besó su mejilla apergaminada.

—Buena chica. Déjame verte.

Katie se quedó quieta y después, respondiendo a una seña de Nana, dio una vuelta.

—Muy bien. Veo que te mantienes delgada. Nos preocupaba mucho a todos que siguieras siendo gorda. Pero nos has demostrado que estábamos equivocados — Nana Marie miró a Jackson—. ¿Tú quién eres?

—Jackson Kent.

—Jackson, ésta es Nana Marie le dijo Katie—. Es... —sacudió la cabeza—. ¿Cuál



es nuestro parentesco, Nana?

—No somos parientes. Yo era amiga de tu abuela —Nana sonrió a Jackson—. ¡Qué guapo eres! Nos alegramos mucho de que Katie tenga por fin novio. Ese Alex... ¡darle esperanzas para luego enamorarse de Courtney! Esa chica tiene la profundidad sentimental de una patata frita. No como nuestra Katie.

Nana le pellizcó la mejilla tan fuerte que a Katie se le saltaron las lágrimas.

—Ahora tienes un hombre. Eso es lo que cuenta. Bueno, ahora tendréis que disculparme: tengo que ir a hacer pipí.

Katie la vio dirigirse hacia los aseos y luego se preguntó si haría bien en darse de cabezazos contra la pared. Aquello le dejaría un moratón, claro, pero al menos así la gente tendría otra cosa de que hablar, aparte de de su peso y su vida amorosa.

—Lo siento —dijo apesadumbrada—. Esto es mucho peor de lo que imaginaba.

Jackson se acercó y le acarició ligeramente la mejilla.

—Eh, que he venido porque he querido. Además, me gusta Nana Marie.

—Espera a que te pellizque la mejilla.

Él se rió y luego se puso serio.

—No te lo tomes a mal, pero tu familia tiene que dejar de juzgarte. Tienes un trabajo estupendo, eres preciosa y sexy. Cuando estés lista, te casarás. Cualquier hombre se sentiría afortunado por casarse contigo. Alex es un idiota por haber preferido a Courtney.

Katie lo miró parpadeando.

—Gracias —musitó.

—De nada —la rodeó con el brazo y la condujo hacia la fiesta—. Pasaremos al lado de Alex y Courtney para que ese pobre diablo vea lo que se está perdiendo.

Nana Marie resultó ser una de las invitadas más llevaderas, pensó Jackson tres horas después, mientras Katie y él bailaban una canción lenta. La familia McCormick era grande, cariñosa y estaba demasiado centrada en los que consideraban defectos de Katie. Cuando no hablaban de su peso, se extrañaban que tuviera pareja. Como si fuera sorprendente.

Jackson no lo entendía. Él era chico, claro, y quizá no fuera muy perspicaz, pero ¿qué le pasaba a aquella gente? Katie era preciosa. Tenía unos ojos preciosos, una piel fantástica y el pelo rubio y brillante, y éstos eran sólo sus atributos más corrientes. Mientras bailaban y se mecían juntos al son de la música, Jackson sentía sus pechos apretados contra su torso y apoyaba mano sobre la curva de su cadera. No había nada de malo en su figura. Al contrario: su cuerpo le decía que era perfecta. La gente era muy rara, y las familias peores aún. Al menos él estaba allí y podía protegerla.

El aire le llevó una dulce y ligera fragancia floral. Su aroma le hizo pensar en dormitorios en penumbra y sábanas revueltas. Sin pensarlo, condujo a Katie hacia una gran columna que había al borde de la pista de baile. Cuando estuvieron fuera del alcance de la vista de los invitados, se inclinó y la besó. La boca de Katie recibió la suya con una leve presión. Ella entreabrió los labios y sus lenguas se tocaron. Katie sabía a chocolate, a vino y a tentación. Jackson se excitó en cuestión de segundos.

Intentando ser un caballero, mantuvo una ligera distancia entre ellos. O lo



intentó. Ella le rodeó el cuello con los brazos y le hizo inclinarse. Cuando rozó su erección, dejó escapar un ruido a medio camino entre un gruñido y un ronroneo. Jackson sintió que su vibración le llegaba hasta la entrepierna.

—No podemos —murmuró ella contra su boca, y luego le mordisqueó el labio—. Sería una pésima idea. Peligrosa, incluso.

Jackson bajó la cabeza y besó su cuello. Mientras lamía su piel por debajo de la oreja, la sintió estremecerse.

—¿Una pésima idea para quién? —preguntó.

—Para mí. Para los dos. Es sólo un fin de semana, Jackson. Y a mí no me gustan los líos de una noche.

Él se irguió y miró sus bellos ojos azules.

—¿Por qué tiene que ser una sola noche?

Katie estaba acalorada. Saltaba a la vista que la habían besado. Jackson vio sus pezones erectos a través de la fina tela de su vestido. Poniéndose de lado para que nadie les viera, los tocó con los dedos. Ella contuvo el aliento. Sus ojos brillaban de deseo.

—Eres muy tentador.

Jackson volvió a besarla, chupando suavemente su boca. El deseo palpitaba dentro de él. Había algo especial en Katie.

Sintió que alguien se acercaba y se apartó. Unos segundos después, los padres de Katie rodearon la columna.

—Ah, estáis aquí —dijo su madre—. Bueno, esto va bastante bien. Ya estamos en el ecuador. Han pasado dos noches y quedan otras dos. Quería deciros que podéis marcharos cuando queráis. Se está yendo todo el mundo. Tully se fue a la cama hace una hora. Sola, por suerte, aunque no dejaba de mirar a un camarero.

—Nosotros también estamos cansados —se apresuró a decir Katie, sin mirar a los ojos a Jackson—. Vamos con vosotros.

Subieron juntos en el ascensor. Katie y él se bajaron en el mismo piso y caminaron hacia la puerta de la habitación de ella.

—Jackson, yo... —comenzó a decir.

—No pasa nada —dijo él, besándola ligeramente.

—¿No pasa nada?

—Éste no es el momento, ni el lugar. Para empezar, está toda tu familia. Te llamaré cuando pase el fin de semana. Saldremos por ahí —sonrió—. A un sitio más normal.

—¿No estás enfadado?

—Katie, no tengo diecisiete años. Puedo esperar —la besó de nuevo—. Merece la pena.

Tomó la llave que ella había sacado del bolso y abrió la puerta. Después de devolvérsela, la empujó dentro.

—Nos vemos mañana.

—Está bien. Buenas noches.

Katie entró flotando en su habitación, más que andar. Aquello no podía estar



pasando, se dijo, aturdida de emoción. Era imposible que Jackson fuera guapo, inteligente y divertido, y que además estuviera interesado en ella. ¿No? Todas las señales estaban allí. Pero esas mismas señales la habían engañado otras veces. Había, sin embargo, una parte de ella; bueno, toda, que quería creer que Jackson era de verdad un buen tipo.

Acababa de quitarse los tacones cuando alguien tocó a su puerta y la llamó en voz baja. En su estómago empezaron a batallar la emoción y la angustia, porque aunque le gustaba que la sedujeran tanto como a la que más, le daba un poco de miedo la idea de meterse en la cama con Jackson en ese momento.

Abrió la puerta dispuesta a decírselo, pero vio que el hombre que esperaba en el pasillo no era su pareja. Era su ex novio.

—¿Alex?

—Hola, Katie — Alex dio un paso adelante y tropezó al cruzar el umbral.

—Estás borracho.

—Puede ser —se puso delante de ella con expresión ilusionada. Como un perrito—. Puede que sólo digamos la verdad cuando estamos borrachos.

Oh, oh. A Katie no le gustó cómo sonaba aquello.

—Alex, sea lo que sea lo que te pasa, háblalo con Courtney. Vais a casaros dentro de cuarenta y ocho horas —le dio media vuelta y lo empujó hacia la puerta todavía abierta—. Largo de aquí.

Él no se movió.

—¿Y si es un error, Katie? ¿Y si no quiero a Courtney?

Dentro de la cabeza de Katie se dispararon las alarmas.

—Sólo estás nervioso porque vas a casarte —«y además eres un capullo por portarte así a menos de cuarenta y ocho horas de tu boda». Pero de eso ya hablarían más tarde—. Eso es lo que te pasa.

Alex le tendió los brazos.

—¿Recuerdas lo nuestro? ¿A que era fantástico?

—No, no lo recuerdo.

Él le lanzó una sonrisa.

—Me echas de menos, lo sé.

¿No acababa de comportarse como una mujer adulta hacía dos minutos? ¿No había hecho lo correcto? ¿Y aquella era su recompensa? ¿Acaso era justo?

—Está bien —dijo, sonriéndole—. Tengo que ocuparme de un par de cosas — señaló el cuarto de baño—. Tú espera aquí.

—Podría ir desnudándome.

Ella refrenó un chillido y procuró poner cara de seductora.

—Eso déjame a mí, Alex.

Él se dejó caer en la cama.

—Está bien, eso haré.

Katie se metió en el cuarto de baño y sacó su teléfono móvil del bolso. Marcó el número de Jackson, que le había dado su madre, y esperó:

—¿Katie?



— Alex está aquí. Está borracho y cree que quiere acostarse conmigo.

— No es el único.

— Muy gracioso. Necesito ayuda.

— Enseguida voy.

Cumplió su palabra y llegó cuando ella acababa de salir del baño. Miró a Alex y sacudió la cabeza.

— Tuviste tu oportunidad y la desperdiciaste — dije —. Ahora es mía.

Alex lo miró desconcertado.

— ¿Eres el nuevo novio de Katie?

— Ése soy yo.

— Maldita sea.

Alex se levantó, se inclinó un poco a la derecha y luego se enderezó. Logró llegar a la puerta abierta y se detuvo.

— Perdona, hombre.

— Que no vuelva a pasar — dijo Jackson. Alex se despidió con la mano y cerró cuidadosamente la puerta tras él.

— Impresionante — le dijo Katie a Jackson—. Gracias por salvarme. Si hubiera intentado algo, habría sido un desastre.

— Un escándalo, como mínimo.

Jackson la deseaba. Katie lo notaba en su mirada, lo veía en su postura. Pero, siendo como era, respetaría su decisión y ni siquiera volvería a intentarlo por segunda vez. Qué bueno era, pensó Katie de nuevo.

Lo más sensato habría sido dejarlo marchar. Apenas se conocían. El ambiente estaba demasiado cargado de emociones y ella no pensaba con claridad. Ceder al sexo con un extraño era un gran error. Un error enorme. Se odiaría por la mañana.

Todos argumentos muy razonables, pensó mientras se acercaba a Jackson y tocaba sus gafas.

— ¿Qué tal ves sin ellas? — preguntó.

— De cerca, estupendamente.

— Bien.

En algún momento entre su despedida y su regreso a la habitación de Katie, él se había quitado la chaqueta y la corbata. Katie prácticamente lo tenía todo hecho. Sería una pena desperdiciar tanto esfuerzo.

— ¿Quieres quitarte las gafas? — preguntó.

— ¿Qué me das si lo hago?

Ella se rió.

— Lo que quieras.



## Capítulo 6

Jackson dejó las gafas en la mesa que había junto a la puerta y se volvió hacia ella. Katie miró sus ojos verdes oscuros, sus densas pestañas, las facciones de su cara perfecta.

—Eres realmente muy...

No pudo acabar. En vez de dejarla hablar, Jackson la atrajo hacia sí, la rodeó con sus brazos y la besó apasionadamente, como si pensara poseerla y nada pudiera impedirselo.

La energía de su boca, su ardor, hicieron desfallecer a Katie. Sintió una opresión en el pecho al tiempo que abría los labios y se entrelazaban sus lenguas. Como si no pudiera respirar.

Las manos de Jackson estaban por todas partes: en su espalda, en sus caderas, en su trasero. Katie se arqueó contra él para tocar con el vientre su erección. Estaba muy excitado, pensó, ansiosa, y sintió que un calor líquido recorría su cuerpo.

Se aferró a él, para sostenerse en pie y para sentir su fuerza. El deseo se convirtió en desesperación. El ansia ardía como fuego, atravesando su cuerpo y haciéndola gemir. Él encontró la cremallera de la espalda de su vestido y la bajó con impresionante facilidad. Él dejó de besarla el tiempo justo para bajarle las mangas del vestido; luego volvió a adueñarse de su boca. Deslizó las manos hasta su cintura y más arriba, hasta el sujetador negro que cubría sus pechos.

—Dios, qué ganas tenía —jadeó al tocarlos.

Rozó con los dedos sus pezones duros. El placer recorrió a Katie, aposentándose entre sus piernas. Él le quitó rápidamente el vestido, lo arrojó a un lado y luego inclinó la cabeza hacia sus pechos. Se metió primero un pezón y luego el otro en la boca. No se limitó a chupar y lamer: devoró su piel, saboreándola, incitante. Ella tembló. Sus entrañas se derretían, y aquel lugar entre sus muslos se hinchaba hasta causarle dolor. Él usó la lengua, los labios, los dientes, hasta que Katie perdió la razón. Cuando comenzó a llevarla hacia la cama, ella se dejó llevar a toda prisa.

Llegaron al colchón. Mientras ella se quitaba las sandalias, él se quitó los zapatos. El vestido de ella cayó al suelo, lo mismo que la camisa y los calcetines de él. Ella se quedó en braguitas, consciente de que pesaba cinco... bueno, diez kilos más de lo debido. Pero en lugar de sentir vergüenza, se sentía exuberante. Deseable.

Jackson no le ocultó nada. Ni el ansia que ardía en sus ojos, ni el latido de su erección. Dejó caer sus pantalones, se bajó los calzoncillos, le tendió la mano y la atrajo hacia sí.

—Me estás volviendo loco —susurró antes de besarla.

Ella tocó su miembro terso, sintió su punta aterciopelada y se estremeció de



nuevo. Pero él le apartó la mano y sonrió.

—Digamos que ahora mismo no tengo mucho control.

¿Por ella? Era la razón más plausible, y Katie estaba dispuesta a creerla. Pero no tuvo mucho tiempo para regodearse en ello. Jackson tiró de sus bragas y se las bajó.

Ella se las quitó. Jackson la tumbó en la cama y se tendió a su lado. Se abrazaron entre un torbellino de besos. Él deslizó una mano entre sus piernas y dejó escapar un gruñido al hundir los dedos en su carne hinchada y húmeda. Hundió un dedo dentro de ella y utilizó el pulgar para acariciar su clítoris en círculos. Aquella combinación, ejecutada con el ritmo perfecto, hizo que Katie empezara a jadear en menos de dos segundos. Había algo especial en su modo de tocarla. Como si supiera exactamente cómo le gustaba. El dedo que la penetraba se hundió más adentro y se curvó hacia su vientre. Katie abrió las piernas de par en par y pidió más.

Jackson la tumbó de espaldas. Con los ojos cerrados, Katie se dejó llevar por las sensaciones que la embargaban. Había tantas, pensó, ansiosa. No podía correrse tan pronto. Pero ella tampoco podía controlarse. El pulgar de Jackson seguía describiendo círculos, rozando apenas el centro hinchado y ansioso de su sexo. El otro dedo ejecutaba el mismo movimiento, pero desde dentro. Katie tenía ganas de gritar. Sentía la piel caliente y le temblaban las piernas. Sus músculos se tensaron. El tren del deseo se había desbocado, y lo único que podía hacer era agarrarse con fuerza.

Sin previo aviso, Jackson le lamió el pezón derecho. Aquella caricia inesperada la hizo estremecerse. Luego, él sacó la punta de la lengua y comenzó a chuparla. Un segundo después, el orgasmo se apoderó de Katie, haciéndola vibrar, retorcerse, gritar.

Se dejó llevar por aquella oleada de placer mientras se apretaba contra su dedo. Él introdujo otro para llenarla más, y dejó que se frotara contra su mano. El placer se abatió sobre ella, oleada tras oleada. Después, las sensaciones fueron aquietándose y difuminándose. Katie se sentía unida con el universo y un poco avergonzada por haber perdido el control. ¿Qué pensaría Jackson de ella? ¿Que estaba muy necesitada de sexo? La inseguridad se coló en la cama con ellos.

Pero antes de que pudiera ponerse cómoda, Jackson se arrodilló entre sus piernas. Se las separó, la penetró y se irguió sobre ella. Sólo entonces Katie notó que le temblaban los brazos.

—¿Cómo se te ocurre? —preguntó él mientras la penetraba—. Podrías haberme matado.

Ella lo miró. Lo primero que pensó fue que era guapísimo. Luego preguntó:

—¿De qué estás hablando?

Él volvió a maldecir mientras seguía penetrándola.

—Has estado increíble. Tan sexy. He notado cómo iba llegándote el orgasmo, y luego cómo te corrías, y no me cansaba de mirarte. No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar.

Hablaba con asombro, pero también con la voz ronca por el deseo. Las dudas de Katie se disiparon. Se entregó al placer de sentir cómo la penetraba y cambió de





postura para rodearle las caderas con las piernas y sujetarlo allí.

—No tienes que refrenarte —susurró con ansia—. Te deseo.

Comenzó a mover las caderas al mismo tiempo que él para que la penetrara más aún. Notó que él seguía mirándole los pechos, que se movían con cada embestida. Actuando por instinto, se los acarició y pasó los dedos por sus pezones. Un instante después, Jackson se estremeció dentro de ella y gruñó al alcanzar el orgasmo.

Más tarde, cuando estaban bajo las mantas, abrazados, él la besó en la coronilla.

—Soy un idiota —murmuró.

—¿Por qué?

—Mi madre llevaba años intentando que te invitara a salir. Si le hubiera hecho caso, podríamos llevar mucho tiempo haciendo esto.

—Yo también me resistía —reconoció ella, mirándolo con una sonrisa—. Así que hemos sido tontos los dos. Podrías mandarles un regalo bonito.

—Entonces sabrían que nos hemos acostado.

—Por lo que sé sobre la vida sexual de mis padres, no creo que eso sea problema —le dijo ella.

Él se rió; luego la tumbó de espaldas y se inclinó sobre ella.

—Katie... —susurró justo antes de adueñarse de su boca.

Pasaron la noche juntos y se despertaron temprano, se ducharon y descubrieron nuevas diversiones usando agua caliente y jabón. Katie se descubrió inclinada hacia delante, con los brazos apoyados en la pared de azulejos y el agua cayéndole sobre la espalda, mientras Jackson, arrodillado entre sus muslos, la hacía temblar usando labios y lengua. Ella le devolvió el favor. Cuando por fin salieron del cuarto de baño lleno de vapor, Katie tenía hambre y agujetas, pero hacía años que no se sentía tan bien.

Quizá nunca se hubiera sentido mejor.

Al echar una rápida ojeada al reloj de la mesilla de noche, vio que ya eran más de las nueve.

—Aunque me gustaría pasarme el día jugando contigo, tengo que vestirme —le dijo a Jackson—. Tengo cosas que hacer. El ensayo es esta tarde y la cena esta noche.

Él la besó en la nariz.

—Voy contigo.

Ella lo miró parpadeando.

—¿Con mi familia?

—Claro. Les distraeré con mi encanto y mi humor.

Katie tocó su pecho desnudo.

—O podrías quitarte la camisa. Así distraerás a las mujeres.

—No quiero que la tía Tully se haga ilusiones.

Ella acercó la boca a su hombro.

—Yo tampoco. Sospecho que ningún hombre vuelve a ser el mismo después de



conocer a la tía Tully.

Estaban riéndose aún cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Katie? ¿Todavía estás ahí?

Katie hizo una mueca.

—Mi madre.

Él recogió su ropa y se metió en el cuarto de baño.

—No haré ruido —prometió.

—Gracias.

Katie dejó la toalla sobre la cama, se puso la bata y cruzó la habitación.

—Hola, mamá —dijo al abrir la puerta. Su madre arrugó el ceño.

—¿Todavía no te has vestido?

—Bueno, es que... no he dormido mucho esta noche.

—Yo tampoco. Con tanto estrés... Júrame que, cuando te cases, la boda no durará cuatro días.

—Te lo prometo. No es mi estilo.

Su madre se dejó caer en la silla del rincón y se frotó las sienes.

—Esto es una pesadilla. La tía Tully ha intentado ligar con Bruce y nadie está seguro de si él aceptó o no. Alex está desaparecido y Courtney tiene dudas. Nunca he sido partidaria de los tranquilizantes, pero estoy pensando que tal vez hoy sea un buen día para empezar a tomarlos.

Katie la miró fijamente. Bruce era el padre de Alex. Y estaba casado.

—¿Crees que la tía Tully se ha acostado con el padre del novio?

—Sinceramente, prefiero no pensarlo.

—A su mujer no le habrá hecho ninguna gracia.

—Pues no. Digamos que he pedido al personal de la cocina que mantenga vigilados los cuchillos hasta que todo esto se aclare. Esta mañana hubo una bronca espantosa a la hora del desayuno. Deberías haberlo visto.

Katie pensó en lo que habían hecho Jackson y ella a la hora del desayuno.

—Sí, es una lástima —murmuró, intentando no sonreír. Con sólo acordarse, sentía un hormigueo en todo el cuerpo.

Se sacudió aquel recuerdo y se concentró en lo más urgente.

—¿De veras ha desaparecido Alex?

—Nadie lo ha visto desde la fiesta. Al parecer estaba borracho.

Katie se acordó de la visita que había hecho a su habitación.

—Eh, mamá...

—¿Qué?

—Se pasó por aquí. Dijo que quería a Courtney, pero que le apetecía acostarse conmigo.

Esperaba que su madre pusiera el grito en el cielo, pero Janis se limitó a cerrar los ojos y a recostarse en la silla.

—¿Mamá?

—Me estoy imaginando en otro lugar. Un lugar tranquilo, con un riachuelo y pajaritos piando. Me he fundido con el universo.



— ¿Puedes fundirte con el universo mientras buscas al novio?

Su madre abrió los ojos.

— No, pero tienes razón. La boda es lo primero. El colapso nervioso ya vendrá después — respiró hondo —. Sé que esos dos se quieren de verdad. Lo he visto y lo he oído, y me lo creo. Es sólo que son unos teatreros. El coche de Alex sigue aquí, así que tiene que estar en alguna parte. Puede que se fuera al bosque a dormir la mona.

— O puede que se lo haya comido un oso. ¿No has dicho que Courtney estaba teniendo dudas? Si el novio muriera prematuramente, ella sería el foco de atención sin necesidad de boda.

Janis tensó la boca.

— No seas mala.

— Sólo es un decir.

Su madre se levantó.

— Está bien. Yo me ocupo de la tía Tully y de Bruce. Dejaremos que Courtney haga mohines en su cuarto. Cuando era pequeña le encantaba enfurruñarse, y no ha cambiado. Tú ve a buscar a Alex — entornó los ojos —. ¿No seguirás enamorada de él? Porque, si es así, no quiero que estéis juntos.

Katie pensó en el hombre delicioso que esperaba en el cuarto de baño. En cómo se sentía cuando estaba con él.

Jackson la escuchaba y la valoraba. Y era un mago en la cama. Listo, divertido, encantador.

— He superado completamente lo de Alex. Es historia. Lo es desde hace meses.

— Bien. Entonces encuéntralo e intenta hacerle entrar en razón. Usa la fuerza, si es necesario. Mañana habrá boda. Juro que la habrá.

— ¡Adelante, mamá!

— No te burles de mí. Estoy al borde de una crisis — su madre le dio un rápido abrazo y la besó en la mejilla —. Gracias por ser normal.

— De nada.

Cuando su madre se marchó, Jackson salió del baño. Ya se había vestido.

— Parece que estás a salvo de la tía Tully — le dijo Katie —. Se ha buscado a otro.

— Sí, eso parece. ¿De veras crees que se ha acostado con el padre del novio?

— De ella soy capaz de creerme cualquier cosa.

Él hizo una mueca.

— Menudo lío se va a montar.

— Como siempre.

Él la agarró de la mano.

— ¿Quieres que te ayude a buscar a Alex? ¿Divide y vencerás?

— Sería estupendo. Me pido la cocina y los pisos de abajo.

Él asintió.

— Voy a ponerme unos vaqueros y salgo a buscarlo por el jardín.

— Ten cuidado con los osos. Eres tan mono que seguro que irán detrás de ti.

— Ningún hombre quiere ser «mono».

Ella sonrió.



—Pues a ti te sienta bien.

—Tú, que me ves con buenos ojos.

Jackson la besó y se marchó. Katie se quedó allí, en bata, pensando que aquélla era seguramente la mejor boda del mundo.



## Capítulo 7

Lo de «divide y vencerás» podía tener sentido, pensó Katie media hora después, cuando bajó a la cocina. Pero el plan tenía un fallo. Un fallo pelirrojo y de largas piernas, con una boca perfecta y capacidad para pensar en una sola cosa.

—Eres de la boda, ¿no? —preguntó Ariel cuando Katie entró en la cocina.

La ex de Jackson estaba junto a una encimera, montando con todo cuidado un pastel de boda de cuatro pisos. Todas las capas estaban recubiertas de nata. Había varias bandejas con flores de color amarillo y rosa pálido, y algunas hojas de papel llenas de puntos plateados.

—Sí. La que se casa es mi hermana.

—Bueno, ¿y qué sabes de Jackson? Te vi con él. ¿Sois amigos?

Katie pensó en el beso íntimo que le había dado Jackson esa mañana, en la ducha. En cómo había apretado la boca abierta contra la parte más sensible de su cuerpo. No había ni un solo centímetro de su piel que no hubiera tocado o saboreado. La había hecho gozar de formas que rozaban lo ilegal.

—Somos amigos —dijo, confiando en parecer tranquila y ligeramente indiferente. Su instinto la impulsaba a arañar la cara a Ariel, pero tal vez ella se resistiera. Y, además, había que pensar en la tarta.

—¿Está...? —Ariel respiró hondo—. ¿Está con alguien? Antes salíamos juntos. Lo dejé porque fui tonta. Ahora me doy cuenta de que estábamos muy bien juntos. Jackson es fantástico, y yo la cagué. Cometí un error. Quiero que vuelva —las lágrimas llenaron sus perfectos ojos almendrados. A ella no se le ponía la nariz roja, ni se le llenaba de manchas la piel cuando lloraba, pensó Katie con amargura.

Tenía ganas de decirle que Jackson estaba con ella. Que prácticamente estaban enamorados. Porque lo...

El mundo pareció detenerse de golpe. Había oído aquella expresión, la había leído, pero era la primera vez en su vida que la sentía. Todo dejó de moverse. Se hizo un silencio total. Hasta su corazón se quedó callado.

¿Prácticamente enamorados? No podía estar enamorada. Apenas conocía a Jackson. De acuerdo, él era todo lo que deseaba, además de bueno, divertido y amable. Había aceptado ser su pareja durante el fin de semana porque se lo había pedido su madre.

Si Jackson era todo lo que buscaba y tenían una química asombrosa en la cama, y él la hacía sentirse como una diosa, ¿era ilógico suponer que cupiera posibilidad de que se estuviera enamorando de él? ¿Absurdo, quizá, pero posible?

El mundo volvió a ponerse en marcha.

—¿Estás bien? —preguntó Ariel.



—Sí —murmuró Katie, aturdida—. Eh... No sé nada sobre su vida amorosa — estaba diciendo la verdad. Con excepción de su relación con ella.

Aunque estaba segura de que Jackson no tenía novia formal; si no, su madre no le habría pedido que fuera a la boda, ignoraba si tenía alguna amiga. Que ella supiera, podía haber un montón de mujeres haciendo cola, esperando su regreso.

Ariel suspiró.

—Quiero hablar con él. Explicárselo. Quiero recuperarlo. No puedo creer que fuera tan tonta. Un tío como Jackson no se presenta muy a menudo.

—No, tienes razón —dijo Katie mientras retrocedía hacia la puerta—. No habrás visto al novio, ¿verdad?

—No. Sólo a tu madre. Es muy simpática.

—Eso pensamos todos. Gracias.

—Deséame suerte con Jackson.

Katie se despidió con un ademán y salió de la cocina. Aturdida, entró en el vestíbulo y salió luego a la luz radiante de la mañana.

Se estaba enamorando del hombre con el que su madre había intentado emparejarla mil veces. Eso sí que era irónico. Pero más desconcertante aún era no tener ni idea de qué sentía Jackson. Preguntárselo estaba descartado. Se negaba a ser una de esas chicas odiosas que querían hablar de matrimonio a la segunda cita. Estaba acostumbrada a ocultar sus sentimientos. ¿Por qué había de ser distinto esta vez?

Miró hacia el hotel. Tal vez porque Jackson era distinto, pensó. O quizá no. Quizás estuviera dándole demasiada importancia a una sonrisa maravillosa, y a un sexo aún mejor.

Jackson no tuvo que ir muy lejos para encontrar al novio. Se había quedado dormido en un banco, dentro de una caseta que seguramente se usaba para guardar los esquís en invierno.

Jackson lo zarandeó un par de veces. Alex gruñó, se dio la vuelta y parpadeó, soñoliento.

—Hola —dijo con voz ronca—. Yo te conozco. Has venido a mi boda. Echo de menos a Courtney. Es fantástica. ¿Te has fijado en lo fantástica que es?

—Es asombrosa, sí —le dijo Jackson—. Y mañana vas a casarte con ella.

Alex se levantó lentamente.

—Lo sé. Es preciosa y todo eso, pero puede ser muy egoísta y eso me saca de quicio. Luego pienso en no estar con ella, y me cuesta respirar. ¿Qué crees que querrá decir?

—Estás nervioso por la boda —dijo Jackson con firmeza—. Es normal. Tienes que concentrarte en lo que más te gusta de Courtney, en lo que sentías cuando le pediste que se casara contigo. En aquel momento estabas seguro de que juntos seríais felices para siempre. Recuerda eso ahora.

Alex parpadeó varias veces.



—Eso es muy profundo, tío.

—Soy un profesional con experiencia —dijo Jackson, mintiendo sin problemas—. Tienes que levantarte y volver al hotel. Dúchate, afeítate y toma un montón de café. Luego ve a buscar a Courtney y dile lo mucho que la quieres. Después tendrás que vértelas con tu madre. Es posible que tu padre se haya acostado con la tía Tully.

La mirada de Alex se volvió vidriosa.

—¿Que ha hecho qué?

Jackson lo ayudó a levantarse.

—Tu madre te contará los detalles. ¿Te acuerdas de lo que tienes que hacer?

—Ducha, afeitado, café, Courtney y mamá. Lo tengo.

—Estupendo.

—Entonces, ¿eres psiquiatra? —preguntó Alex cuando salían de la caseta.

—Algo parecido.

—Katie tiene suerte por tenerte. Se merece a alguien genial.

—Lo sé.

—No como yo.

—Eso parece.

Alex suspiró.

—A ella también la echo de menos.

—No está en tu lista.

—Lo sé.

Jackson lo vio alejarse hacia el hotel. Cuando Alex desapareció dentro, él se quedó allí, preguntándose hasta qué punto sería desastrosa la boda.



## Capítulo 8

—¿Por qué cree Alex que eres psiquiatra? —preguntó Katie esa tarde, cuando iba con Jackson hacia el salón donde iba a celebrarse el ensayo.

—Le di un consejo y sacó conclusiones.

—Es lógico —ella sonrió—. No le va a hacer ninguna gracia descubrir la verdad.

—Si la boda va como está previsto, de todos modos no importará.

Jackson parecía muy tranquilo, y estaba para comérselo. O quizá fuera que, con tanto estrés y tanto trauma, Katie se había saltado el almuerzo.

Se fijó en sus pantalones de traje hechos a mano, en su camisa de manga larga y su americana. Tenía buen aspecto. Tan bueno como para hacerle olvidar los gruñidos de su estómago. «Peligro», se dijo. Enamorarse de Jackson era absurdo. Al menos, hasta que supiera un poco más de él. Pero no habían tenido mucho tiempo para estar solos y, ahora que lo estaban, no se le ocurría cómo empezar. Y decirle «Bueno, háblame de ti» no le parecía buena idea.

—¿Pudiste dormir algo? —le susurró él al oído, con la mano sobre sus riñones.

Un líquido calorcillo fluyó por el cuerpo de Katie.

—Lo intenté, pero con tantas interrupciones...

—¿Debería disculparme?

—No eras tú quien me interrumpía.

Él le sonrió.

—Ya sabes a qué me refiero.

Se miraron a los ojos. Katie sintió un chisporroteo de deseo.

—No —susurró—, no te disculpes.

—Bien.

Se detuvieron delante de la puerta abierta. Katie oyó voces y comprendió que debían entrar. Pero mirar a Jackson a los ojos era lo mejor del día. Bueno, besarlo era todavía mejor, y cuando la tocaba ella se...

—Leo ciencia ficción —balbució él.

—¿Qué?

—Leo ciencia ficción. Me gustan las películas de espías y de suspense. Puedo aguantar una comedia romántica, si te empeñas. Me gustan las vacaciones relajadas, preferiblemente en la playa, pero también puedo ir a la montaña —tomó su cara entre las manos—. Dime qué te gusta a ti.

—Eh, yo leo novelas de amor y de misterio. Me gusta casi todo el cine, con tal de que no sea violento, ni haya mucha sangre. No recuerdo la última vez que tuve vacaciones, pero estaría bien ir a la playa.





— Yo me caí de un árbol a los ocho años y me rompí el brazo.

— Yo tengo un tatuaje en el culo que dice «Buddy».

Jackson bajó las manos y la miró con pasmo.

— ¿Buddy?

Katie se rió y lo besó.

— Es broma. No tengo ningún tatuaje.

— Ya me parecía. Lo habría visto anoche.

Jackson la tomó en brazos y la hizo girar.

— Hemos perdido muchísimo tiempo, Katie. A mi madre le va a encantar cuando se entere.

El corazón de Katie latía a toda velocidad. ¿A qué se refería exactamente? ¿Era posible que estuviera tan loca por ella como ella por él? ¿Tendría tanta suerte? Había abierto la boca, lista para preguntárselo, cuando alguien lo llamó con voz suave.

— Jackson, ¿tienes un segundo?

Él la dejó en el suelo y, al volverse, vieron a Ariel tras ellos. Estaba muy guapa y tenía cara de preocupación.

— Tengo que ir al ensayo de la boda — dijo, sin apartar la mano de la cintura de Katie.

— No tardaré mucho. Por favor.

Katie pensó en cuánto significaba Jackson para ella, y pensó también que, comparada con Ariel, tan alta y tan guapa, ella era del montón. Debía de estar loca por enamorarse de él. Pero, aun así, se sentía fuerte.

— Deberías hablar con ella — le dijo a Jackson.

— ¿Por qué? Sé que no te apetece ir al ensayo.

— Sobreviviré, y además no tardarás mucho.

Al menos eso esperaba. Además, si él era capaz de acostarse con ella y luego volver con su ex, era mejor saberlo cuanto antes. Cuando todavía tenía posibilidades de salir con el corazón intacto. O, al menos, sólo un poco resquebrajado.

— Enseguida vuelvo — le prometió Jackson, y se alejó con Ariel.

Katie no quería verlos juntos, así que se apresuró a entrar en el salón. No pasaría nada, se dijo levantando la barbilla y avanzando resueltamente. Luego, de pronto, tropezó con un bolso, se tambaleó, se giró, sintió un horrible chasquido y cayó al suelo.

Le habría encantado quedarse tumbada en el suelo y que todos fingieran que no la veían. Pero, en vez de ignorarla, corrieron a reunirse a su alrededor, haciéndole preguntas y dándole consejos. Alex fue el primero en llegar y la ayudó a sentarse.

— ¿Qué te duele? — preguntó, frotándole las piernas.

Ella lo apartó.

— Estoy bien. No es nada.

Su madre llegó después.

— ¿Estás bien?



—Creo que me ha dado un tirón. Estaré perfectamente dentro de un segundo.  
Su madre le apretó la mano.

—Si intentas escaquearte de la boda, tendrás que esforzarte más —susurró.

Katie logró sonreír, a pesar de que cada vez le dolía más la rodilla.

—La ventana estaba muy lejos.

Su padre se arrodilló delante de ella y le palpó la rodilla.

—Se te está hinchando, hija. Creo que te has hecho un esguince. Vamos a echarle un vistazo.

La ayudó a pasar a la habitación contigua. Ella se quitó las sandalias y los vaqueros blancos e hizo una mueca al ver su rodilla. Era casi el doble de grande.

—Qué bonito —murmuró.

Su padre, que era médico de familia, le apretó ligeramente la rodilla.

—Tú eres la experta en deportes de la familia. ¿Qué opinas?

Katie había visto suficientes esguinces de rodilla como para saberse de memoria el tratamiento.

—Hielo, reposo, mantener la pierna en alto, ibuprofeno y vendaje, si me levanto.

—Ésa es mi chica. Si no mejora dentro de un par de días, te haremos una radiografía, pero creo que mejorará —se levantó—. ¿Intentas escaquearte para no recorrer el camino hacia el altar?

—Ojalá —se palpó la rodilla e hizo una mueca de dolor—. Cuánta gracilidad la mía.

Él la ayudó a levantarse y a ponerse la ropa.

—Te queremos de todos modos.

—Agradezco vuestro amor sin condiciones —dijo Katie, y lo abrazó.

Su padre la retuvo un segundo entre sus brazos.

—Esta boda es un desastre. ¿Te has enterado de lo de Tully y Bruce?

—Es peor que pensar en mamá y en ti practicando el sexo.

—No sigas por ahí.

—Eso intento, créeme.

Su padre se irguió y la miró.

—Sé que Alex te hizo mucho daño cuando te dejó por Courtney, pero para mí fue un alivio. Nunca me gustó para ti. Espero que lo sepas.

—Lo sé.

—Bien.

Se abrió la puerta y entró Jackson.

—He estado fuera un cuarto de hora. ¿Qué demonios ha pasado? —se interrumpió al ver a su padre—. Eh, señor... —añadió.

Ya era bastante desastroso que todo el mundo hubiera visto lo torpe que era; ahora, además, tenía que explicárselo a Jackson.

—Ésta es la razón por la que me dedico a escribir sobre deportes, en vez de practicarlos —dijo encogiéndose de hombros—. Tropecé.

—¿Estás bien? He oído que te habías roto algo.



—Un esguince de rodilla —dijo su padre alegremente—. Se pondrá bien — vaciló y luego los miró a los dos—. ¿Dejo que te apoyes en él?

Katie asintió y su padre se marchó. Ella se volvió hacia Jackson.

—¿Qué tal Ariel?

—Bien. ¿Qué ha pasado?

—Ariel primero.

—Tú primero.

Ella soltó un soplando.

—Tropecé con un bolso y me torcí la rodilla.

—Cree que deberíamos volver a estar juntos. Le he dicho que no.

Katie ya sabía lo que iba a decirle, pero aun así se le encogió el estómago al oírlo.

—¿Puedes ser más concreto? —preguntó con cautela. Jackson se acercó a ella.

—¿Necesitas hielo o algo?

—Hielo, poner la pierna en alto, descanso e ibuprofeno.

—¿En ese orden?

—Mejor todo a la vez.

—Eso me parecía.

Antes de que Katie se diera cuenta de lo que hacía, se inclinó sobre ella, la tomó en brazos y la levantó.

Ella soltó un chillido.

—¿Se puede saber qué haces?

—Llévate a tu habitación.

La puerta volvió a abrirse y apareció su madre, con los ojos como platos.

—He oído gritar y... —al ver a su hija en brazos de Jackson, suspiró—: Qué romántico.

—Nada de eso —insistió Katie, agarrándose a su cuello—. No soy un gato. Bájame.

—Voy a llevarte a tu habitación. Tienes que cuidar esa rodilla —Jackson echó a andar tranquilamente, como si ella no pesara nada—. Janis, ¿puedes traer su bolso?

—Claro.

Cruzaron el salón del ensayo, donde todo el mundo corrió a reunirse a su alrededor. Todos excepto Courtney, que miraba a Katie sin disimular su furia. Katie apoyó la cara en el hombro de Jackson.

—No te preocupes por el ensayo —le dijo su madre—. Sólo tienes que recorrer el pasillo y esperar a la novia. No creo que sea muy difícil. Jackson, cuida bien de mi niña.

—Lo haré —prometió él, y entró en el ascensor.



## Capítulo 9

—¿Mejor? —preguntó Jackson una hora después.

Katie estaba tumbada en la cama, con la pierna apoyada sobre un par de almohadas y un montón de hielo envuelto en una camiseta de Jackson.

—Más que dolorida, estoy avergonzada —reconoció—. No puedo creer que haya hecho el ridículo de esa manera.

Casi todos los miembros del cortejo nupcial se habían pasado ya por allí para preguntar cómo estaba. Courtney no había ido, claro: su hermana daba por sentado que Katie había tropezado a propósito... para chafarle el día.

—Estaba distraída —reconoció, mirando a Jackson, que se había tumbado a su lado.

Él se puso de lado y apoyó la cabeza en la mano.

—¿Por lo de Ariel? —preguntó.

Katie se encogió de hombros.

—Quizá.

—No estamos juntos. Hace mucho tiempo que terminamos.

—Pero ella quiere volver.

—Y yo quiero cubrirte de champán y secarte a lametazos, pero no puede ser — Jackson sonrió—. Al menos, esta noche —se inclinó hacia ella y la besó—. Ariel no me interesa.

—Es preciosa.

Él se encogió de hombros.

—No la echo de menos. Dejé de echarla de menos a los diez minutos de marcharse.

Lo cual era al mismo tiempo tranquilizador y preocupante.

—¿No crees en segundas oportunidades?

—Claro que sí, pero ¿para qué la quiero a ella si te tengo a ti?

Katie notó que se quedaba boquiabierta. Parecía pasarle mucho cuando estaba con Jackson. Cenó la boca.

—Bonita respuesta.

—¿Alguna otra pregunta? —dijo él.

—No.

—Bien —la besó otra vez, más despacio—. ¿Crees que vendrá alguien más de tu familia?

Ella rodeó su cuello con los brazos.

—Espero que no.

—Yo también.



A la mañana siguiente, Jackson salió de la cama de Katie. Ella seguía dormida, con el pelo corto y rubio de punta sobre la almohada.

Había pasado casi toda la noche boca arriba, con la pierna apoyada en una almohada para elevar la rodilla. Jackson vio que la tenía menos hinchada. Se sentiría agarrotada cuando se levantara, pero se recuperaría enseguida.

Jackson se fijó en las uñas pintadas de sus pies. Nunca le habían llamado la atención, pero en Katie le parecían extrañamente eróticas. Su piel era muy suave, pensó mientras se vestía. Su cuerpo era cálido, y sus reacciones irresistibles. Había algo especial en ella, algo especial y único. Algo que lo atraía y lo hacía desear quedarse a su lado. Pero cruzó la habitación y salió al pasillo sin hacer ruido. Se ducharía en su habitación.

Ese día era la boda. Katie tendría que estar descansada. Pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Courtney salió del ascensor y se dirigió hacia él.

—¿Está levantada? —preguntó la novia—. Tengo que hablar con ella.

—Todavía está...

Courtney no se molestó en escuchar el resto de la frase. Pasó a su lado dándole un empujón y entró en la habitación.

—¿No estás levantada? Tienes que levantarte. A Alex le pasa algo. No... no me quiere —dijo con un fuerte sollozo.

Jackson vaciló, sin saber si quería volver a entrar o huir despavorido. Esto último resultaba tentador. Aun así, respiró hondo y entró en la habitación de Katie.

Ella se había sentado en la cama y se había tapado con la sábana hasta los hombros. Se miraron y ella le sonrió.

—Buenos días —dijo con voz baja y sexy.

—Buenos días.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Courtney, gritando—. Alex no sabe si quiere casarse conmigo.

Aquello llamó la atención de Katie. Miró a su hermana fijamente.

—Pero si decías que te quería. ¿En qué quedamos?

—¿Y eso qué importa? Me siento fatal.

Katie intentó no levantar los ojos al cielo.

—¿Por qué? Vas a casarte con un tipo estupendo, que te adora. Éste va a ser un día estupendo.

—Eso sólo lo dices porque tienes celos de mí.

Katie arrugó el ceño. Si tuviera celos, ¿no se portaría mal, en vez de bien?

—¿Y de qué tengo celos exactamente?

—De que voy a casarme, y tú sólo tienes un acompañante pagado.

Jackson se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Vas a pagarme?

—¿No te has enterado? —preguntó Katie, más divertida que dolida—. Cientos de dólares.



—¿Hay una bonificación por buen comportamiento?

—Estaba pensando en darte un extra.

—Lo estoy deseando.

Courtney se volvió hacia él.

—Cállate y no te metas en esto. No tiene nada que ver contigo.

Él se incorporó y avanzó hacia ella.

—Al contrario. Tiene mucho que ver conmigo, porque tiene que ver con Katie. Sean cuales sean tus problemas con tu novio, no son cosa de tu hermana. Katie siempre te ha apoyado, y eso que no te lo mereces.

Courtney se quedó boquiabierta.

—Tú... tú...

—A tu hermana no le interesa Alex. Si le interesara, sería un hombre con suerte. Pero Katie ha pasado página. Igual que Alex. Está enamorado de ti y quiere casarse contigo. Si quieres que este matrimonio funcione, vas a tener que madurar. Seguramente no te gustará portarte como una adulta, pero te sentará bien.

Courtney lo miraba con rabia.

—Te odio.

—A mí tampoco me gustas mucho.

—No estás invitado a mi boda. Ni se te ocurra aparecer —replicó Courtney, y salió corriendo de la habitación.

Jackson se acercó a la cama.

—¿Quieres que vaya a disculparme? —preguntó. Katie sonrió.

—No, pero ha sido una escena estupenda. Y se lo tenía merecido hace tiempo.

—No deberías dejarte pisotear por ella.

—Lo sé. Ya sabes: las viejas costumbres nunca mueren.

Jackson se disponía a besarla cuando volvió a abrirse la puerta. Janis entró corriendo, y apenas pestañeó al verlo en la habitación de su hija.

—Por lo visto los tortolitos se han peleado. No encuentro a Courtney, Alex está hecho polvo y todavía no son ni las nueve de la mañana. ¿Por qué no les habremos pagado para que se escaparan? Son los dos tan inmaduros... Y sin embargo son perfectos el uno para el otro.

—Courtney acaba de estar aquí —dijo Katie—. Está muy disgustada.

Janis se tocó la frente.

—Noto que va a dolerme la cabeza. Os juro que habrá boda aunque tenga que atarlos y narcotizarlos.

—Entonces por lo menos habrá alguna foto interesante —comentó Katie.

—Voy a ignorar ese comentario. ¿Qué tal está tu rodilla?

—Mucho mejor.

—Menos mal. Eso significa que se te han acabado las excusas. Por favor, levántate y vístete. Hoy voy a necesitar ayuda. Y drogas ilegales, seguramente. Me pregunto si tu padre podrá hacerme una receta —respiró hondo y sonrió a Jackson distraídamente—. Buenos días, Jackson.

—Janis.



—Permíteme un consejo. No tengas hijas.

La mañana pasó volando. Katie se alegró al descubrir que la hinchazón de su rodilla había desaparecido casi por completo. Se puso zapatos de tacón bajo: los tacones de aguja los reservaría para recorrer el pasillo hacia el altar.

Había miles de detalles de los que ocuparse, y se había ofrecido a encargarse de todos ellos, en un intento de aliviar la presión que sufría su madre. La tarta estaba acabada y las sillas colocadas. La florista estaba en plena faena, atando cintas y colocando guirnaldas.

Katie salió del salón donde se celebraría la ceremonia y salió al patio lateral. Hacía un día luminoso y soleado, que auguraba calor. Perfecto para las fotografías.

De Courtney y Alex no había ni rastro, pero Katie confiaba en que estuvieran por ahí, haciendo el amor como locos para reconciliarse. Cualquier cosa con tal de que la boda siguiera adelante.

—Estás frunciendo el ceño —dijo Jackson, acercándose a ella por la espalda y rodeándola con los brazos.

—Estoy pensando que Courtney y Alex están locos. ¿No deberían haber resuelto sus problemas antes de pensar en casarse?

—Sería lo lógico, pero no —Jackson le quitó el portafolios de las manos—. ¿Qué tal van los preparativos?

—Estoy haciendo grandes progresos —lo miró, y luego apartó la mirada—. Ariel se ha ido.

Jackson le dio la vuelta para que lo mirara.

—Tienes que olvidarte de Ariel. Yo ya lo he hecho.

—Pero es tan...

—¿Sí?

Le resultaba imposible pensar cuando él la miraba a los ojos así. Como si ella fuera interesante e irresistible y, en fin, maravillosa.

—¿Cómo eras de pequeño? —preguntó.

—Solitario —le puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. Me gustaban los ordenadores más que la gente y siempre estaba encerrado en mi habitación. Mi madre intentó de todo para que jugara con los niños del vecindario, pero a mí no me interesaba. No me sentía a gusto, ni sabía qué decir para que me aceptaran.

—¿Mucho cerebro y pocas habilidades sociales?

—Exacto. Entré en la universidad a los dieciséis años.

—El verano que nos conocimos —dijo ella, burlona—. Cuando estuviste tan encantador.

—Tú me amenazaste.

—Por puro orgullo.

Él esbozó una sonrisa.

—Si le hubiera hecho caso a mi corazón en aquel momento...

Ella se rió.



—Vamos, por favor. Yo no te interesaba.

—Hubo una chispa.

—Más bien un rayo láser de odio.

—Quizás habría sido preferible que nuestras madres esperaran para presentarnos.

Katie asintió y luego apartó la mirada. ¿Cómo habrían sido las cosas si Jackson y ella se hubieran conocido más tarde? ¿Después de que ella saliera del instituto, o durante su primer curso en la universidad, cuando era ya más guapa y más delgada, y le interesaban más los chicos?

—Me habrías impresionado —reconoció.

—Tú a mí también.

Jackson se inclinó como si fuera a besarla. Katie se relajó en sus brazos. Pero antes de que pudiera dejarse llevar, oyó una risa conocida.

—La tía Tully —musitó—. Se supone que tengo que impedir que se acerque a Bruce.

Por lo visto, los padres del novio no habían resuelto sus problemas. Katie ignoraba si Tully y Bruce se habían limitado a coquetear o habían llegado a mayores. Y, sinceramente, tampoco quería averiguarlo.

Se oyeron pisadas en el patio. Katie se volvió y vio a una pareja abrazándose apasionadamente. Estaban a varios metros de distancia, pero se veía claramente cómo se tensaban sus cuerpos, con qué ardor se besaban, y con qué pasión agarraba él el trasero de Tully.

A Katie le dio un vuelco el estómago.

—Ay, Dios —murmuró—. Esa no es la madre de Alex, ¿no?

—Lo siento, pero no. Es Tully, no hay duda.

—¿Qué hacemos?

—Son personas adultas.

Katie lo miró.

—¿Estás diciendo que no es responsabilidad nuestra?

—Algo parecido.

—Entonces deberíamos huir.

—Sigilosamente —la tomó de la mano y se la llevó de allí.

En lugar de volver al hotel, rodearon el edificio y cruzaron el camino que llevaba a la roaleda. Allí había un emparrado con varias sillas y bancos. Jackson esperó a que se sentara en un banco; luego acercó una silla y se sentó frente a ella. Puso los pies de Katie sobre sus rodillas, le quitó los zapatos y comenzó a masajearle los dedos.

—¿Qué tal tu rodilla? —preguntó.

—Bien. Un poco agarrotada, pero bien —miró hacia el hotel—. No sé si hemos hecho bien dejando así a Bruce y Tully.

—¿De veras querías meterte en esa conversación?

—No. Pero la madre de Alex se va a enfadar —sacudió la cabeza—. No, a enfadarse, no. Lo va a pasar mal.





—Estás dando por sentado que es la primera vez.

Katie lo miró.

—Tully hace estas cosas a menudo. Se aprovecha de los hombres.

—No, perdona. No se aprovecha de ellos. Ellos saben lo que hacen. Puede que Tully les muestre algo que desconocían. O puede que la utilicen como una excusa. Pero, en cualquier caso, son responsables de sus actos.

Katie no lo había pensado.

—Todo el mundo dice que Tully es una fuerza de la naturaleza. Que nadie puede resistirse a ella.

—Yo sí.

—Tú eres distinto.

—No. Sólo estaba asustado.

Katie se rió.

—¿Insinúas que no es tu tipo?

—Seguramente me mataría. No creo que pudiera aguantar su ritmo.

Siguió masajeando sus pies. Katie sintió que un calorcillo se extendía por su cuerpo; de pronto tenía ganas de confesar sus verdaderos sentimientos. Pero no podía decirle que se estaba enamorando de él. No quería que se asustara.

—Yo creo que saldrías airoso —le dijo.

—Agradezco tu confianza, pero no me interesa esa competición. Te prefiero a ti.

—Buena respuesta.



## Capítulo 10

Después de unos minutos más de masaje, Jackson volvió a ponerle los zapatos y se sentó junto a ella en el banco. La rodeó con el brazo y ella se acurrucó a su lado. Se estaba a gusto allí, pensó. Se sentía a salvo.

—Háblame de tu casa —dijo.

—Está a las afueras de Los Ángeles.

—¿No está en Silicon Valley?

—Intenté evitar el cliché —dijo él—. En Los Ángeles hay mucha gente con talento, y eso buscaba cuando creé mi empresa.

—¿Llevas mucho tiempo allí?

—Siete años. Estamos pensando en cambiar de sitio. Queremos mudarnos a una zona más tranquila. Todo el mundo se está casando y teniendo hijos. Antes hablábamos de las novedades del último videojuego. Ahora hablamos de parques y colegios.

Katie sintió un aleteo dentro del pecho. Ojalá, pensó, les gustara Fool's Gold.

—¿Ya sabéis dónde? —preguntó.

—Aún no. Estamos iniciando el proceso. ¿Y tú? Dijiste que te gustaba vivir en tu pueblo. Pero ¿para siempre?

—Sí. Estudié fuera, pero volví. Pensé una temporada en mudarme a un sitio más grande y buscar trabajo en un periódico de verdad. Pero éste es mi hogar.

Jackson miró las montañas que se erguían por encima del hotel.

—Es precioso —vaciló—. ¿Nunca has tenido ganas de mudarte por nadie?

—¿Por un chico, quieres decir? —ella lo miró—. Vamos, por favor. Ya has conocido a Alex. No fue precisamente un acierto. Yo creía que era uno de los buenos —cenó los ojos al acordarse—. Creía que se había enamorado de Courtney al primer vistazo. Pero ahora no estoy tan segura. Creo que no estábamos bien juntos. Courtney fue la causa de que rompiéramos; fue un catalizador.

—¿Y antes de él?

—Los sospechosos habituales. Un novio del instituto que me rompió el corazón. Un tipo de la facultad, muy intenso y romántico, que al final resultó demasiado intenso y aburrido...

Jackson se puso a jugar con las puntas de su pelo.

—Entonces eres una rompecorazones —su voz sonaba baja y sexy, y Katie se estremeció.

—No exactamente.

—No era una pregunta. Lo eres.

«Ojalá», pensó ella, y se aclaró la garganta.



—¿Y tú? ¿Has tenido más novias, aparte de Ariel?

—Un par. No tuve novia en el instituto. Mi primera experiencia romántica fue en la facultad.

—Déjame adivinar. Ella era más mayor y te enseñó todo lo que sabes.

Jackson se movió para mirarla de frente.

—¿Cómo lo sabes?

—¿A qué edad fuiste a la universidad? ¿A los cinco?

—A los dieciséis.

—Casi, casi. Habría sido difícil que encontraras a una chica de tu edad. A no ser que esperaras hasta el último curso —miró sus bellos ojos verdes—. Y puede que tú estuvieras dispuesto a esperar, pero dudo que lo estuvieran ellas.

Él esbozó una sonrisa.

—Yo tenía diecisiete y ella diecinueve. Fue en México, durante el viaje de fin de curso. Yo no quería ir.

—¿Y ella te alegró el viaje?

—Ya lo creo que sí.

—Menos mal que estabais en el extranjero. En la mayoría de los estados, esa relación habría sido ilegal.

La sonrisa de Jackson se hizo más amplia.

—Mereció la pena.

Katie se rió.

—No eras tú quien estaba cometiendo un delito, Jackson. Era ella. Tú eras menor.

—Ah. Tienes razón. Mejor, entonces.

—¿Y entre esa aprovechada y Ariel?

Él se rió y la atrajo hacia sí.

—Te estaba esperando a ti.

«Ojalá fuera cierto», pensó Katie con un suspiro, rindiéndose a él. Jackson era una tentación que no parecía poder ignorar. Todo en su interior le decía que era el hombre perfecto. Lo cual era imposible, teniendo en cuenta el poco tiempo que hacía que se conocían.

Pero se sentía tan a gusto con él...

Se había pasado la vida persiguiendo lo que quería. Aunque era una calamidad en los deportes, había encontrado un modo de convertir su afición por ellos en una profesión. Cuando Colleen, la directora del periódico local, se negó a entrevistarla para el puesto de redactor de deportes, estuvo tres semanas enviándole un artículo diario. Colleen dio marcha atrás y la contrató.

Había afrontado entrevistas durísimas, desarrollado una red de amistades y sido feliz. Menos en el amor. En eso siempre había sido cauta, sobre todo porque tenía miedo de que le hicieran daño. Pero, pese a todo, se estaba enamorando de Jackson. Tal vez fuera hora de hacer algo al respecto.

Cambió de postura para mirarlo.

—Te vas a casa mañana por la mañana.



—Ése es el plan. A menos que quieras que me quede.

Ella lo miró fijamente.

—¿A qué...?

—Podrías enseñarme el pueblo. Invitarme a dormir en tu casa —tomó su cara entre las manos—. Esto ha sido fantástico, Katie. Estoy en deuda con mi madre, y a lo bestia. Eres asombrosa. No quiero perderte.

—Ni yo quiero que me pierdas —reconoció ella—. Me encantaría enseñarte esto. He disfrutado mucho del tiempo que hemos pasado juntos. No creía que pudiera encariñarme con alguien tan rápidamente.

—Yo tampoco.

Katie tomó una de sus manos.

—He disfrutado muchísimo contigo, de veras. Eres justo lo que...

—¡Ahí estáis! —su madre cruzó corriendo el césped en dirección al emparrado—. Os he buscado por todas partes. Esto es un manicomio. Lo digo por no ponerme negativa y decir que es un desastre, pero las cosas no van bien. Buenos días, Jackson.

—Janis.

Katie se levantó de mala gana.

—¿Qué pasa? —miró su reloj—. No es hora de prepararse aún.

—No, aún quedan un par de horas para que la estilista que Courtney ha hecho venir desde San Francisco nos ponga guapos a todos. El bombazo es lo de Rachel y Bruce.

Katie hizo una mueca, intentando no recordar al padre de Alex en brazos de Tully.

—Van a divorciarse —anunció Janis.

—¿Qué?

—Por lo visto llevaban meses separados, pero Rachel no quería que nadie lo supiera —su madre bajó la voz—. Fue idea de Rachel. Dejó a Bruce por otra mujer.

Katie no sabía qué decir.

Jackson se acercó a ella y le susurró al oído:

—¿Todas vuestras reuniones familiares son así? Porque esto es mejor que ir al cine.

Katie se volvió hacia su madre.

—¿En serio? Entonces, ¿da igual que Bruce se haya liado con Tully?

—No sé si da igual. Bruce no es un hombre joven. Es probable que Tully acabe matándolo, pero él morirá feliz. Les he visto morreándose en el porche cuando venía hacia aquí.

Katie hizo una mueca.

—Mamá, hazme un favor: no digas «morreándose».

—¿No se dice así? Vosotros, los jóvenes, siempre cambiando el lenguaje. Cuesta mantenerse al día.

Katie le dio el brazo.

—Lo sé. Lo hacemos a propósito. Bueno, ¿hay algo más que deba saber? ¿Alex y



Courtney han hablado?

—Eso será una incógnita por los siglos de los siglos.

Jackson tuvo que dejar a Katie en manos de la estilista a eso de la una y media. Pasó las horas siguientes visitando la página web de Fool's Gold y mirando el precio de las casas. Por lo que pudo ver, el pueblo era fantástico. Era lógico que Katie se resistiera a mudarse.

Poco después de las cuatro, se puso el traje oscuro que había llevado y bajó al vestíbulo para esperar a su madre. Su padre se había librado de tener que asistir gracias a un viaje de negocios a Hong Kong muy oportuno.

Jackson vio a su madre en cuanto ésta entró.

—Estás guapísima —le dijo al darle un beso en la mejilla.

—Tú también —le puso las manos sobre los brazos y le dio un beso—. Estás muy apuesto. Y eso que no eres tú quien va a casarse. ¿Te he dicho alguna vez cuántas ganas tengo de ser abuela?

—A veces pasas toda una hora sin mencionarlo.

—Mmm, qué fallo. ¿Qué tal van las cosas por aquí?

—De mal en peor —reconoció él—. Hay problemas en el paraíso. Courtney y Alex se han enfadado. No tengo ni idea de cómo están en este momento.

Su madre hizo una mueca.

—No me extraña que Janis me haya dejado un mensaje aconsejándome que bebiera algo antes de la boda. Espero que todo salga bien.

Jackson asintió, aunque ya no estaba seguro de qué quería decir que las cosas salieran bien. Le parecía bastante poco probable que Alex y Courtney descubrieran cómo ser felices juntos, pero de todos modos estaba de acuerdo con Janis: curiosamente, hacían buena pareja.

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les oía.

—Alex se presentó en la habitación de Katie, borracho, hace un par de noches.

—¿Qué quería?

—Adivina.

Su madre sacudió la cabeza.

—Menudo lío. ¿Qué ocurrió?

—Katie me llamó y yo lo eché de allí —no le dijo cómo había pasado la noche después. Ciertos detalles era mejor no mencionarlos.

—Entonces, te lo has pasado bien con Katie —dijo su madre.

Jackson la condujo hacia la barra y pidió sendas copas. Mientras esperaban, la miró de frente.

—Sí, mamá. Tenías razón.

Ella suspiró, feliz.

—No me canso de que me digas eso. Entonces, ¿te gusta?

—Es fantástica. Divertida y encantadora. Tierna, guapa, lista. Nos lo hemos pasado en grande. Ahora me arrepiento de no haber dejado que nos presentaras



antes.

La mirada de su madre se volvió especulativa.

—Qué interesante. Esperaba algo menos de entusiasmo. ¿Piensas volver a verla?

—Sí. Mañana va a enseñarme Fool's Gold.

Su madre se puso seria de pronto.

—¿Para qué? Tú no tienes ningún interés en este pueblo.

—Quiero ver dónde vive.

—¿Nada más? Porque sé que estás pensando en trasladar tu empresa. Y no puedes trasladarla aquí, Howie.

Él procuró no hacer una mueca al oír aquel nombre.

—¿Por qué? Hay gente capacitada, un colegio estupendo y el precio del suelo no es caro.

—Si trasladas aquí la empresa, Katie pensará que lo haces por ella. Y es la hija de mi mejor amiga. No puedes hacer eso si no estás seguro al cien por cien de vuestra relación. No quiero que le hagas daño.

—Yo tampoco quiero hacérselo.

—Nunca quieres. Pero lo haces. Te comprometes hasta cierto punto y luego das marcha atrás. No estoy diciendo que hagas mal. Estoy segura de que ninguna de las chicas a las que has dejado era tu media naranja. Pero Katie es distinta. Hasta que sepas si lo vuestro va en serio, procura que no se haga ilusiones.

El camarero les sirvió las bebidas. Jackson le dio automáticamente un billete de veinte y rechazó el cambio. Quería decirle a su madre que se equivocaba. Que no había nada de eso. Pero, si echaba la vista atrás, se daba cuenta de que ella tenía razón. Era cierto que se comprometía hasta cierto punto. Pero, cuando llegaba el momento de la verdad, el momento de casarse, siempre daba marcha atrás. Nunca se había imaginado pasando el resto de su vida con una mujer concreta.

Hasta ahora.

Porque mientras que la idea de envejecer con Ariel o con cualquier otra lo habría hecho salir huyendo despavorido, la idea de pasar sesenta u ochenta años con Katie le resultaba atrayente. Ella se haría cada vez más bella con el paso del tiempo. Su sentido del humor y su curiosidad serían un reto para él. De pronto se descubrió deseando cuidar de ella, hacer que se sintiera segura.

—Por favor, no te lo tomes a mal —dijo su madre, muy seria—. Te quiero muchísimo, Howie, y me encantaría verle con Katie. Pero no quiero que sufra. Eres asombroso y es muy probable que se enamore de ti. ¿Qué mujer no se enamoraría de ti?

—Hablas como una verdadera madre —murmuró él—. Y te entiendo.

—¿Estás seguro?

—Haría cualquier cosa por evitar que Katie sufra.

—Bien. Procura recordarlo.



## Capítulo 11

A pesar de las escenas melodramáticas, los llantos y los berrinches, Courtney estuvo preparada para recorrer el pasillo hacia el altar justo a tiempo. Katie ya había ido a ver cómo iba el novio, y Alex estaba en su sitio, junto al sacerdote. Los dos novios estaban nerviosos y felices, y no paraban de decir a quien quisiera escucharles lo mucho que se amaban.

Los casi trescientos invitados habían ocupado también su lugar. Aquella cifra hacía que a Katie se le encogiera el estómago, pero al menos no era ella quien tenía que ocuparse del gentío. Ni pagar la boda, pensó, preguntándose cuánto les habría costado a sus padres.

Regresó a la habitación de la novia.

—Estoy perfecta —dijo Courtney, girándose delante del espejo.

Katie hizo lo posible por sacudirse la exasperación que le producía la vanidad de su hermana. A fin de cuentas, era el día de su boda, y sólo quedaban unas horas más. Pasaría por todo aquello porque Courtney era su hermana. Pero luego volvería a su rutina.

—Todo el mundo está esperando —dijo Janis al entrar en la habitación—. Courtney, estás preciosa. Tu padre ya está aquí. Vamos.

Courtney se ajustó el velo, recogió su ramo de flores y sonrió.

—¿Verdad que éste ha sido el mejor fin de semana del mundo? Todo ha sido perfecto, mamá. Alex y yo te agradecemos muchísimo que haya sido tan romántico.

—De nada.

Su madre tomó a Katie del brazo y tiró de ella fuera de la habitación.

—Gracias por tu ayuda —dijo—. No podría haber pasado por esto sin ti. No paro de repetirme que dentro de unas horas se habrá acabado por fin.

—Eso estaba pensando yo. Te juro que, cuando me case, me escaparé. O no habrá más de cincuenta invitados.

—Tu padre y yo gastaremos exactamente lo mismo en tu boda que en la de tu hermana.

Katie le sonrió.

—¿Podéis dármelo en efectivo, mejor?

Su madre la abrazó.

—Con intereses.

La ceremonia fue preciosa y transcurrió sin incidentes. En el banquete, el primer baile hizo suspirar a todo el mundo, la comida fue perfecta y la tarta ocupó un lugar de honor en el rincón. Los novios no habían querido que hubiera mesa presidencial. Había, en cambio, una mesa especial sólo para ellos: bajo un arco con colgaduras y



bombillas parpadeantes.

Jackson abrazó a Katie mientras se movían al ritmo de la música.

—¿Te enfadarás si te pregunto cuánto tiempo más tenemos que quedarnos?

Ella le sonrió.

—No, porque ya tengo la respuesta. Cincuenta y siete minutos. Le prometí a mi madre que nos quedaríamos hasta las nueve y media. Luego seremos libres.

—Bien. ¿En tu habitación o en la mía?

Ella ladeó la cabeza mientras sopesaba la pregunta. La suave luz se derramaba sobre su hermosa cara, iluminando sus tenues pecas, la forma de su boca y el brillo de humor de su mirada.

—En la tuya —dijo por fin—. Sobre todo porque nadie me buscará allí.

—O sea, que soy sólo una excusa.

—¿Y eso te preocupa?

—En absoluto.

Katie se rió y Jackson sintió en las entrañas el claro sonido de su risa. Cada vez se sentía más a gusto con ella.

Seguía recordando las palabras de su madre; sabía que debía andarse con pies de plomo. Pero quería dejarle claro a Katie y a todos los demás que ella le importaba. No estaba jugando. Katie era la mujer de su vida y pensaba hacerla suya.

Courtney se acercó y tocó a Katie en el hombro.

—Voy a lanzar el ramo. Voy a lanzártelo directamente a ti. Ya sabes, para que tengas suerte —luego la abrazó—. Te quiero, Katie.

—Yo también a ti.

Su hermana la soltó y miró a Jackson.

—Gracias por venir a mi boda.

—Creía que me odiabas.

Ella se rió, achispada.

—No seas tonto. Aunque más vale que tengas cuidado con mi hermana. Lo sé todo de ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

Courtney volvió a mirar a Katie.

—Sé que te gusta mucho. Porque aunque sea una cita pactada y todo eso, es muy majo. Pero ten cuidado. Ya sabes cómo son los tíos. Y tú no tienes mucha suerte.

Katie permaneció impassible. Obviamente, se le daba muy bien ocultar sus verdaderos sentimientos.

Pero Jackson estaba harto de soportar las idioteces de Courtney.

—Escucha —comenzó a decir.

Courtney achicó los ojos.

—No, escucha tú. Te acostaste con Ariel. Me lo dijo ella. Así que no hagas daño a mi hermana. Vamos —Courtney agarró del brazo a su hermana—. Voy a lanzar el ramo.

Katie se alejó antes de que Jackson pudiera detenerla. Jackson se quedó en medio de la pista de baile, viendo cómo se llevaban a la mujer a la que amaba.





No se había acostado con Ariel. Al menos, desde hacía mucho tiempo. Katie tenía que saberlo. Tenía que saber que Courtney estaba mintiendo, o que había malinterpretado la verdad. O quizás hubiera sido Ariel. Katie tenía que saber cuánto significaba para él. Que nunca haría nada que pudiera hacerle daño.

—¿Va todo bien? —preguntó su madre.

—Sí.

—Katie parece disgustada.

Tenía que arreglar aquello, pensó él con firmeza. Pero ¿cómo? Tenía que haber algún modo de convencerla de que era...

Puso las manos sobre los hombros de su madre.

—Necesito que distraigas a Courtney para que no tire el ramo todavía.

—¿Qué?

—Va a lanzarlo de un momento a otro. Necesito que la distraigas.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que yo vuelva —se dirigió hacia la puerta.

—Howie...

El se dio la vuelta.

—Mamá, tienes que dejar de llamarme así. Te lo explicaré todo en cuanto pueda. Pero ayúdame.

—De acuerdo. Pero no sé qué voy a decir.

—Ya se te ocurrirá algo.

—Esto es ridículo —dijo Courtney mientras bebía champán y se paseaba por el borde del salón de baile—. Quiero lanzar el ramo y seguir con mi vida.

—Mamá y Tina lo han dejado muy claro. Quieren que esperemos.

—De acuerdo. Pero sólo cinco minutos más. Luego haré lo que quiera.

«Y al diablo con las consecuencias», pensó Katie con sorna. Courtney se preocupaba a veces por los demás. Pero, por desgracia, esos momentos eran muy poco frecuentes.

—Espero que sepas que lo que he dicho lo he dicho por tu bien —dijo.

Katie la miró con desconcierto.

—¿De qué estás hablando?

—De lo de Jackson y Ariel. ¿Tú la viste? No tienes nada que hacer. Sé que suena cruel, pero es cierto. Más vale que te olvides de él antes de que te rompa el corazón.

Katie se dijo que dormiría mejor si no pensaba lo peor de su hermana.

—Te agradezco la advertencia, pero Jackson y Ariel no están juntos. No han dormido juntos.

Los ojos de Courtney se agrandaron.

—Claro que sí. Las dos noches.

—No —dijo Katie con calma—. Es imposible. Jackson estaba conmigo.

Courtney se puso colorada. Abrió y cerró la boca.

—Me lo dijo Ariel. Dijo que me lo contaba porque sabía lo mucho que te quiero



y pensaba que alguien debía advertirte. Y yo pensando en cómo iba a decírtelo —su expresión se despejó de pronto—. Me alegra que no sea cierto.

Katie no se habría sorprendido más si la copa hubiera empezado a hablar.

—Eh, yo también.

Courtney la abrazó.

—Ahora sí que quiero que recojas el ramo.

Todavía ligeramente aturdida, Katie había cruzado la mitad de la pista de baile cuando oyó que la llamaba Jackson. Se detuvo con el corazón acelerado. El amor la embargó por completo. El amor, la esperanza y la certeza de que aquél era el hombre de su vida. Se volvió hacia él.

—Hola.

—No me he acostado con Ariel.

Hablaba en serio y parecía preocupado, como si de verdad le angustiara. Lo cual era propio de él.

—Lo sé.

—Ni siquiera lo deseé.

—Te creo.

Estaban rodeados de invitados. Unos cuantos fingían no escucharlos, y otros fueron acercándose.

Jackson se levantó las gafas y la miró fijamente.

—Sé que quizá sea una locura, pero, Katie McCormick, eres la mujer más asombrosa que he conocido nunca. Eres la mujer que estaba esperando. Me fastidia que nuestras madres tuvieran razón, pero habrá que asumirlo. Eso espero, al menos. Te quiero.

Puede que se oyera algún otro ruido en el salón. Música de la orquesta, una exclamación de sorpresa o dos, pero Katie sólo oía sus palabras. Palabras mágicas que la hacían sentir como si flotara.

—Te quise desde el instante en que te vi —continuó él—. Comprendo que tengas que pensártelo, pero, por favor, no digas que no.

Entonces Jackson Kent, el hombre más guapo, sexy y maravilloso que había conocido, se hincó de rodillas y le ofreció un anillo de diamantes.

—Katie, ¿quieres casarte conmigo?

Mil ideas desfilaron por su cabeza. Que, si aquello era un sueño, no quería despertar. Que hasta ese instante ignoraba que pudiera quererse tanto a alguien. Que a su hermana iban a darle ganas de matarla. Pero, sobre todo, que todas las fibras de su ser le suplicaban que aceptara.

Se acercó a Jackson y se agachó delante de él. Tras tomar su cara entre las manos y perderse un momento en sus ojos verdes, sonrió.

—Sí.

El salón estalló en aplausos y ovaciones. Jackson se levantó, tiró de ella y, estrechándola entre sus brazos, la besó.

—Te quiero —susurró contra su boca.

—Yo también a ti. Desde el primer instante.



El se apartó lo justo para ponerle el anillo en el dedo. Katie miró el enorme diamante.

—¿Lo llevabas encima? ¿Por si te daban ganas de casarte?

—Conseguí que el director del hotel convenciera al encargado de la joyería de que abriera la tienda. Podemos comprarte otro distinto, si quieres. Un pequeño casco de rugby hecho de diamantes, quizá, o una gorra de béisbol.

Katie se rió.

—Éste es perfecto. Igual que tú.

Jackson la hizo girar una vez y luego volvió a besarla.

—Perfecto, no. Pero sí muy, muy afortunado.

Katie lo abrazó. Por encima de su hombro, vio que su madre y Tina se estaban enjugando las lágrimas. Courtney se aferraba a Alex y sacudía su ramo de flores.

Katie se echó hacia atrás ligeramente.

—Respecto a la boda... —comenzó a decir.

—Estaba pensando que podíamos escaparnos.

—Me has leído el pensamiento.

\* \* \*



## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

### SUSAN MALLERY

Autora de bestsellers románticos, ha escrito unos treinta libros, históricos, contemporáneos e incluso de viajes en el tiempo.

Comenzó a leer romance cuando tenía 13 años, pero nunca pensó escribir uno, porque le gustaba escribir sobre filosofía o existencialismo francés. Fue en la escuela superior cuando acudió a clases sobre *Cómo escribir una novela romántica* y empezó su primer libro, que cambió su vida. Fue publicado en 1992 y se vendió rápidamente. Desde entonces sus novelas aparecen en Waldens bestseller list y ha ganado numerosos premios.

Actualmente vive en Los Angeles, con su marido, dos gatos y un pequeño perro.



### LA HERMANA DE LA NOVIA

Al saber que su hermana iba a casarse con su ex novio, Katie McCormick accedió a regañadientes a que su madre le buscara pareja para el gran día. Jackson, sin embargo, resultó ser el hombre de sus sueños. Pero tras pasar cuatro días de amor en el hotel donde se iba a celebrar la boda ¿se apagaría la chispa que había surgido entre ellos, o estallaría en llamas?

### AMOR EN FOOL'S GOLD, 2.5

1. Chasing perfect - Buscando la perfección
2. Almost Perfect - Casi perfecto
- 2,5. Sister of the Bride - La hermana de la novia - Antología 1
3. Finding Perfect
4. Only Mine
5. Only Yours
6. Only His
7. Summer days
8. Summer nights
9. All summer long

\* \* \*



GÉNERO: Romance contemporáneo  
Título original: *Sister of the Bride (Ant. Summer Brides)*  
Traducido por:  
Editor original: Mira books, 07/2010

Editorial: Harlequín Ibérica, 2011  
Colección: Antología 1  
*Antología Novias de verano*  
ISBN: 978-84-671-9990-1